

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

Año 19. — N° 410.

SUMARIO.

Los premios del tiro nacional; grabados. — Revista española. — Sucesos de Italia; grabados. — Revista de Paris. — Un baile. — El palacio de Heidelberg; grabados. — Una historia inglesa. — Los leñadores y los acarreadores de los Vosges; grabados. — El Mambrum. — Revista de la moda. — La pesca de esponjas en las costas de Siria; grabados.

Los premios del tiro nacional.

El domingo último tuvo lugar en el circo Napoleon la distribución de premios del tiro nacional. El premio de honor fué ganado por M. Gillion, de Naffles (Bélgica) y el premio imperial por el célebre Julio Gerard. Este premio imperial consistía, como hemos dicho ya á nuestros lectores, en una escopeta regalada por el emperador, que es una maravilla de la fabricación parisiense. Viendo los productos actuales de este ramo de industria, no se comprende que apenas hace un siglo Blanchard de Charville inventó el fusil de piedra. ¡Cuántos progresos no se han debido hacer para llegar á ejecutar el arma de precision inventada por Prelat, y esta otra que gracias á las sumptuosas liberalidades de S. M. se han disputado los competidores del tiro nacional! Esta escopeta fué encargada por el emperador á Gastine Rainette para la Exposicion universal de 1855; y fué ejecutada exactamente segun sus indicaciones. Tiene dos cañones adamasquinados del calibre 14. La madera es nogal y lleva incrustaciones de oro y plata. Las piezas de plata que la guarnecen están caladas. Todos los colores de la madera, el oro, la plata y el hierro se hallan desvanecidos de tal modo en el acabado del trabajo, que el aspecto de la escopeta, á pesar de su riqueza de ejecucion presenta una armonía que encanta la vista. La culata está cubierta con una ligera red de esculturas que representan asuntos de caza y se mezclan con fi-



M. GILLION, de Naffles (Bélgica) merecedor del premio de honor del tiro nacional francés.

nos y delicados arabescos en incrustacion de oro. El escudo de las armas imperiales es de oro. Esta escopeta se halla encerrada en una caja que es tambien de un gran valor artistico.

La escopeta ha costado 41,000 francos, y esta suma, por elevada que parezca, no representa el verdadero valor del arma segun dicen los inteligentes, si se considera su origen por una parte, y por otra el talento prodigioso, la pureza de gusto y la limpieza de mano que han producido esta obra maestra. V. R.

Revista Española.

Exposicion de pinturas. — Coloquios de tertulia. — Teatros. — La Torre de Babel. — Deudas de la conciencia. — Historia de una carta. — Una nueva actriz. — La Cruz del Valle. — Don Bucéfalo. — Viaje de la reina por Barcelona y Zaragoza. — Vuelta de la corte. — Una excursion á Aranjuez. — Lo de arriba abajo.

Y á propósito, don Emeterio, ya que estamos á la puerta del ministerio de Fomento, ¿quiere Vd. que entremos á ver la exposicion de pinturas?

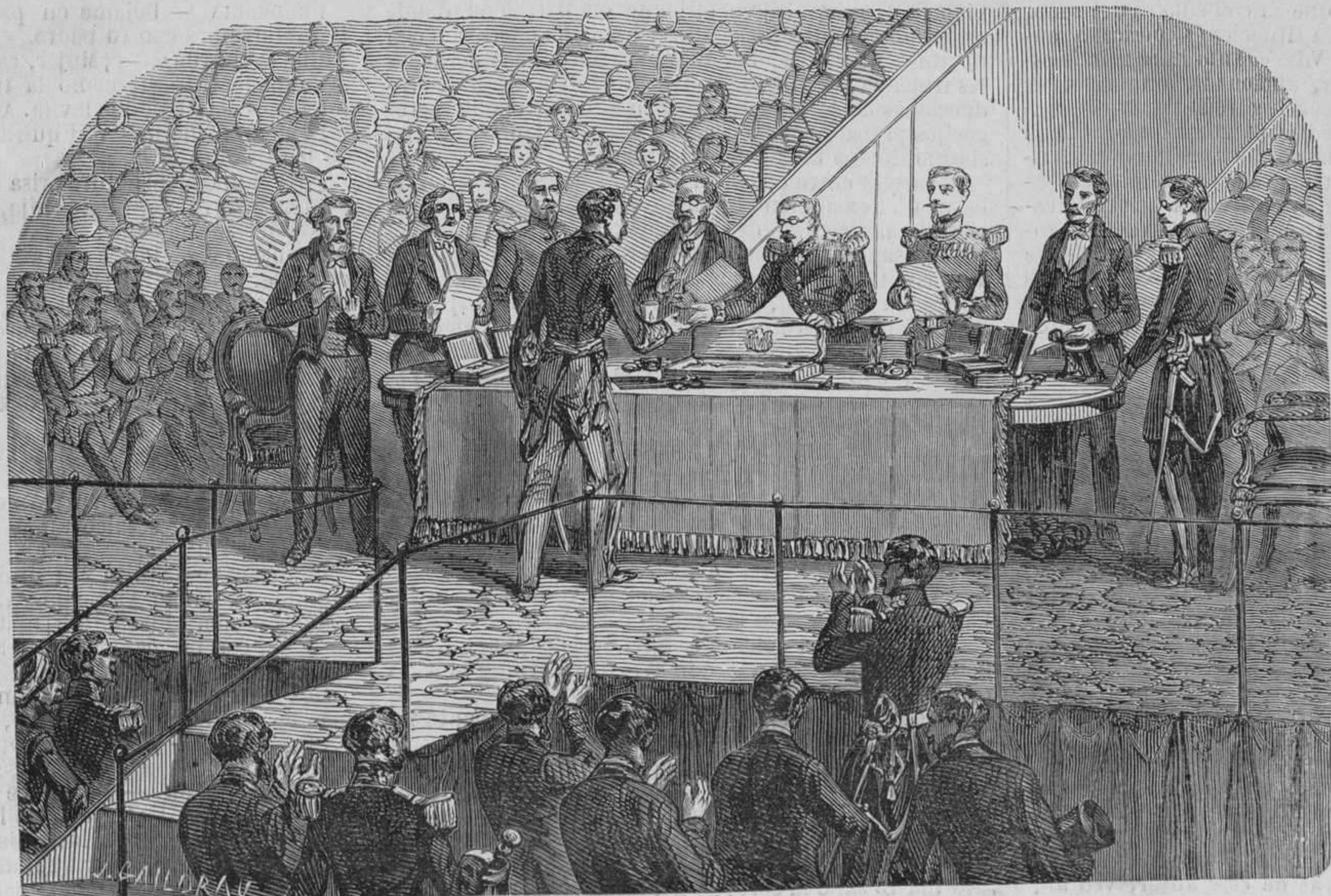
— Vamos allá, amigo don Tomás, con eso llevaré mayor provision de cosas que contar cuando vuelva á Segovia.

Así diciendo entraron los dos amigos en el portalon del edificio que fué convento de la Trinidad, y siguieron por los claustros dejando previamente los bastones, hasta llegar á la sala de la exposicion.

Don Emeterio estaba asombrado: aunque ignorante en bellas artes, no por eso dejaba de tener cierto buen gusto natural, y haciale impresion por ello lo mismo la lectura de un buen libro, que la representacion de un drama agradable ó la vista de un objeto artistico. Esta exposicion, decia, debe ser una de las mas numerosas y mejores que haya habido en Madrid.

— Ya lo creo; respondió don Tomás, aun hay en ella mayor cantidad de cuadros que en la última verificada en el año 1858, y que tambien logró Vd. ver, segun me parece.

— Si, señor, que la ví, y me alegré no poco ciertamente. Pero haga Vd. el favor de buscar en el catálogo el asunto de aquel lienzo.

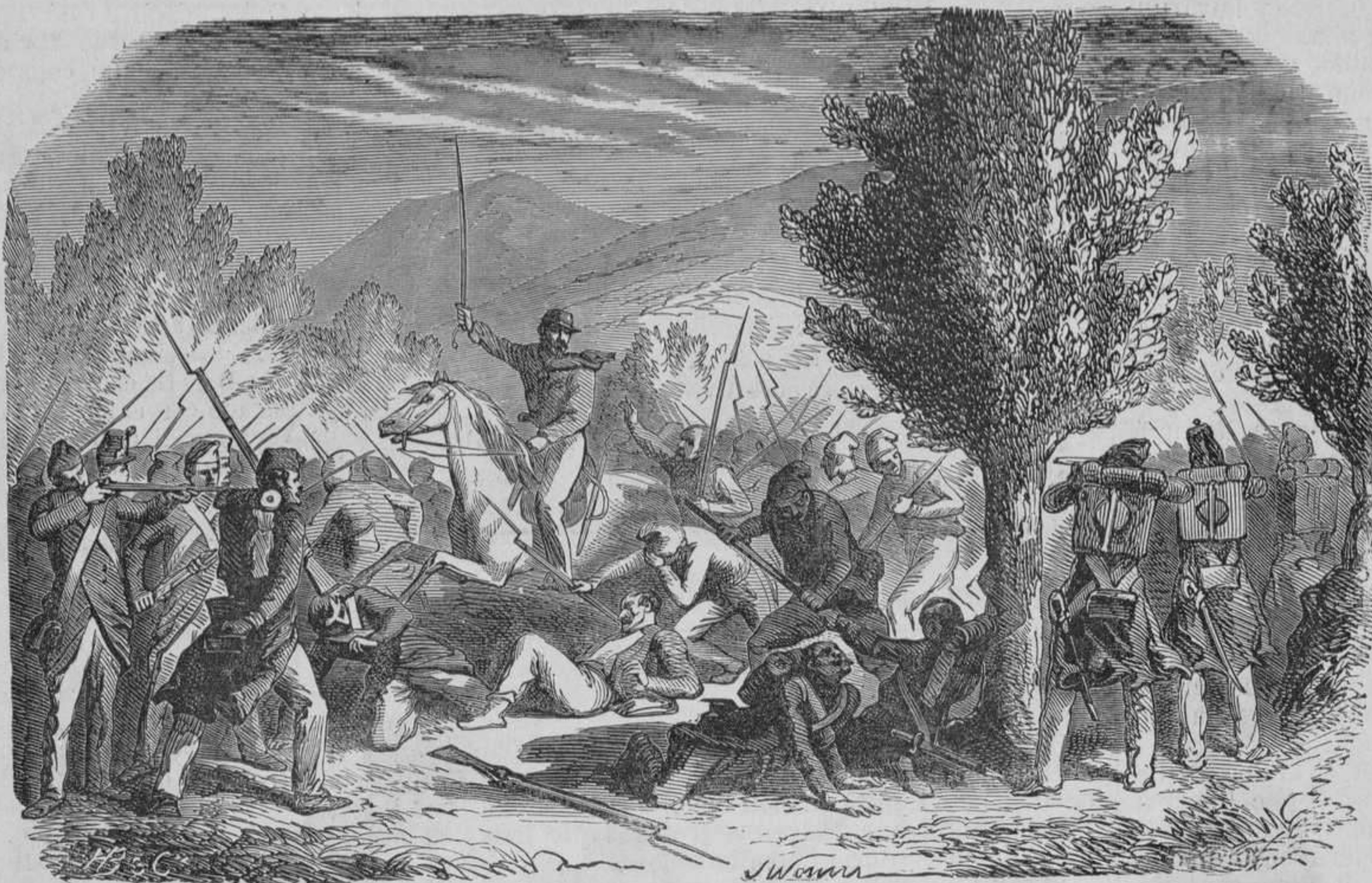


DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL TIRO NACIONAL FRANCÉS EN EL CIRCONAPOLÉON.

peas que desafiaba; pero yo no podia faltar á mi palabra, dada á los italianos cuando los llamé á la guerra.

» Aquellos que en Europa me acusan de imprudencia, juzguen con calma qué cosa habria sido, qué cosa seria la Italia el día en que la monarquía apareciese impotente á satisfacer la necesidad imperiosa de una reconstrucción nacional.

» Por medio de las anexionés, el movimiento nacional, si no cambió en la sustancia, tomó nuevas formas: aceptando, merced al derecho popular, aquellas bellas y nobles provincias, yo debia reconocer lealmente la aplicación de aquel principio y no me era lícito medirlo por la norma de mis afecciones ó intereses particulares. En holocausto de aquel principio hice, por utilidad de la Italia, el sacrificio mas cos-



EPISODIO DE LA BATALLA DEL VOLTURNO.

to á mi corazón, renunciando dos nobilísimas provincias del reino de mis padres.

» A los príncipes italianos, que han querido ser siempre mis enemigos, siempre di francos y leales consejos, resuelto, si eran vanos, á combatir el peligro que su ceguera habria hecho correr á los tronos y á aceptar la voluntad de la Italia.

» Al gran duque le ofrecí con tiempo mi alianza antes de la guerra. Al Sumo Pontífice, en el cual venero á la cabeza de la religion de mis antepasados y de mis pueblos, hecha la paz, al instante escribí ofreciéndole aceptar su vicariato en la Umbría y en las Marcas. Era evidente que aquellas provincias, contenidas tan solo por las armas de mercenarios extranjeros, no obteniendo la garantía de un gobierno civil que yo les proponia, tarde ó tem-



BATALLA DEL VOLTURNO. — LOS NAPOLITANOS RECHAZADOS MAS ALLA DEL ACUEDUCTO DE PONTE DELLA VALLE.

prano se habrian lanzado en la revolucion.

» No recordaré los consejos dados durante muchos años por las potencias al rey Fernando de Nápoles. Los juicios que se hicieron en el congreso de Paris sobre su gobierno, prepararon naturalmente los pueblos á su mudanza si resultaban inútiles las quejas de la opinion pública y las gestiones de la diplomacia.

» A su joven sucesor yo le ofrecí mi alianza para la guerra de la independencia nacional, y allí tambien encontré cerrado el corazón á toda afeccion italiana, y ciega la inteligencia por la pasion.

» Era natural que los hechos ocurridos en la Italia setentrional y del Norte agitasen extraordinariamente los ánimos en la Italia meridional.

» En Sicilia esta tendencia de los espíritus se convirtió en plena revolucion. Se combatia ya por



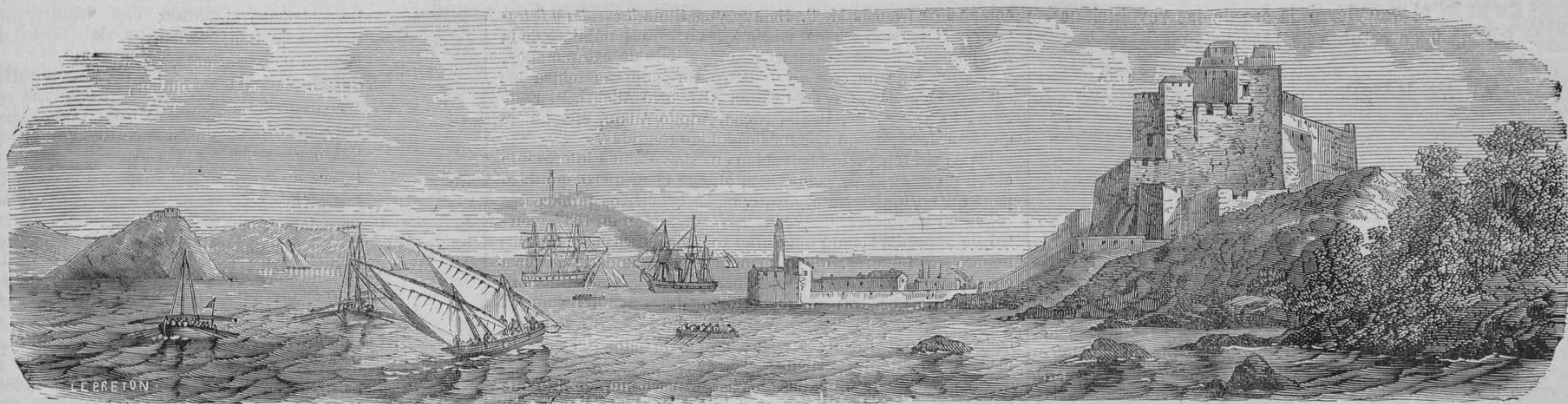
LOS CAZADORES DE LOS ALPES TOMANDO UN CAÑÓN.

la libertad en la Sicilia, cuando un valiente guerrero consagrado á la Italia y á mi persona, el general Garibaldi, volaba en su auxilio. Eran italianos: yo no podia, no debia detenerlos.

» La caída del gobierno de Nápoles confirmó lo que mi corazón sabia: cuán necesario es al rev el amor y á los gobiernos la estimacion de sus pueblos.

» En las Dos Sicilias, el nuevo estado de cosas se inauguró con mi nombre. Pero algunos actos dejaron temer que nose interpretase bien la política que mi nombre representa. Toda la Italia ha temido que á la sombra de una gloriosa popularidad, de una probidad digna de los antiguos tiempos, intentase reorganizarse una faccion pronta á sacrificar el próximo triunfo nacional á las quimeras de su ambicioso fanatismo.

» Entonces todos los ita-



EL FUERTE DE BAJÁ EN EL MOMENTO DE LA CAPITULACION.



VOLUNTARIOS DE LAS LEGIONES INGLESA Y HUNGARA.

lianos volvieron sus ojos hácia mí para que conjurase este peligro. Era obligacion mia hacerlo, porque en las presentes circunstancias no seria moderacion y prudencia, sino flaqueza é insensatez, no tomar con firme mano la direccion del movimiento nacional, del cual soy responsable á los ojos de la Europa.

» He hecho entrar mis soldados en las Marcas y en la Umbría, dispersando esa reunion de gentes de todo país y de toda clase de lenguas allí congregada, nueva y extraña forma de intervencion extranjera y la peor de todas.

» He proclamado que la Italia debe ser de los italianos, y no consentiré que la Italia sea el nido de sectas cosmopolitas que se congregan en ella para tramar los proyectos ó de

la reaccion ó de la demagogia universal.

» Pueblos de la Italia meridional, mis tropas se avanzan para consolidar el órden. Yo no vengo á imponeros mi voluntad, sino á hacer respetar la vuestra. Podeis manifestarla libremente: la Providencia, que protege las justas causas, os inspirará el voto que depositareis en la urna.

» Cualquiera que sea a gravedad de los acontecimientos, yo espero tranquilo el juicio de la Europa civilizada y el fallo de la historia, porque tengo la conciencia de cumplir mi deber de rey y de italiano.

» Tal vez en Europa mi política no será inútil para reconciliar el progreso de los pueblos con la estabilidad de las monarquias.



LOS NAPOLITANOS RECHAZADOS Á LA ENTRADA DE CASEUTA.

» En Italia sé que cierro la era de las revoluciones,
» Ancona 9 de octubre de 1860.

» VICTOR MANUEL.

» Refrendado, FARINI. »

Revista de Paris.

Paris disfruta con delicias de los dias de sol que la corta temporada que llaman veranillo de san Martín le está proporcionando actualmente. Como el tiempo ha sido fatal este año, el mundo elegante ha regresado ya, si se exceptúan algunos cazadores que permanecen en sus tierras persiguiendo la liebre y el venado. Así es que el paseo del bosque de Boulogne está en el mes de noviembre como podría estarlo en enero ó en febrero, frecuentado por la mas elevada aristocracia. A decir verdad, aun no se habla de fiestas en los salones; pero en cambio los Italianos y la Opera reumen una concurrencia escogida que aprovecha la ocasion de verse y visitarse en los palcos.

Esta semana se ha cantado el *Barbero*, esa ópera mas nueva cada vez y cada día mas aplaudida y admirada. Es verdad que sus intérpretes actuales son admirables: la Albani, Ronconi y Mario. Ronconi ha sido saludado con fanatismo por los parisienses; ausente hace mas de diez años de Paris, ha sido reconocido y aplaudido como si nos hubiese dejado únicamente en la última temporada. No hay nada que decir en su elogio; es el barbero por excelencia, el hombre que sabe llenar completamente todas las exigencias características del héroe sevillano. Mario siempre el mismo; la distinción reunida á la gracia.

Há llegado á Paris un sucesor del célebre M. Home; y decimos sucesor, porque ya le vemos ensalzado en las crónicas parisienses que le pronostican un porvenir semejante al de aquel americano.

Este nos llega en derechura de las nieblas de la Alemania ó de la Noruega, no se sabe á punto fijo.

Es un hombre jóven aun, pálido, nervioso, y mas representa una sombra fantástica que un ser humano.

Ya se ha presentado en algunas reuniones íntimas hablando de visiones y de espíritus ante un público escogido. Como de costumbre, los escépticos no faltaban en la asamblea.

Una señora de unos treinta años que habia escuchado con atención todo lo que habia dicho el extranjero sobre las apariciones, exclamó con resolución:

— Si todo eso es verdad, yo no tendria reparo en pedir que se apareciese aun cuando fuera un segundo nada mas, el primer sueño de mi juventud. Tenia yo diez y seis años, y al salir del colegio conocí á un primo mio que era un modelo de gracia y de elegancia... ¡Pobre jóven!... Mis padres me le destinaron para esposo, pero debió marchar á la guerra de Africa y allí murió peleando como un valiente.

A este doloroso recuerdo la señora no pudo contener un suspiro, y dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus hermosos ojos azules.

El extranjero no habia dicho nada; pero habia escuchado con el mayor silencio.

De repente se levantó; su fisonomía tenia una expresion extraña; sus ojos ardian y sus cabellos se erizaban como por influjo de una conmoción magnética y nerviosa sobre su cabeza.

— ¿Tiene Vd. miedo?

— No, señor.

— ¿Y tiene Vd. fe?

— ¿En qué? preguntó la señora casi temblando.

— En los difuntos.

La señora reprimió una melancólica sonrisa.

— Los muertos, repuso queriendo aparentar que estaba exenta de preocupaciones, los muertos no han vuelto jamás del país de las sombras para decirnos lo que allí pasa.

— ¿Quiere Vd. hablar con uno de ellos?

Todos los corazones palpitaban, y todo el auditorio estaba como suspendido de las palabras breves é incisivas del extranjero. La emoción era general; la señora á que nos referimos se habia puesto horrorosamente pálida.

— ¿Porqué no? exclamó tratando de dominar el terror de que estaba poseída.

— Entonces, tome Vd. este pañuelo.

Y la entregó un pañolito cuadrado de batista, tan trasparente como una gasa.

— Póngasele Vd. delante de los ojos, la dijo con imperio y mirese Vd.; la servirá de espejo.

La señora alzó extendido con sus dos manos aquel espejo diabólico, detrás del cual se habia quedado el extranjero; pero no tardó en dejar caer sus brazos, y arrojó un grito agudo precursor de un fuerte desmayo.

La llevaron en seguida á un gabinete, y solo al cabo de media hora recobró el conocimiento.

¿Qué habia visto en aquel pañuelo de batista?

Nadie se atrevió á dirigirla ninguna pregunta, pues al querer tratar del asunto, un temblor nervioso y convulsivo la arrojó de nuevo en un ataque doloroso.

¿Habia visto en efecto al jóven que habia sido el primer ensueño de su juventud?

Sea como quiera, al recobrar enteramente el uso de sus facultades, derramó un torrente de lágrimas.

Ninguna otra señora quiso hacer la prueba del pañuelo mágico, y el extranjero se retiró de la reunion dejando en ella un recuerdo misterioso y diabólico.

Nuestros lectores desearán saber quién es ese hombre y cómo se llama.

Hasta ahora solo le designan con el nombre de Karoll... quizá mas tarde llegarán á nuestra noticia otros pormenores.

En esta semana ha salido á luz un libro que se recomienda tanto por su mérito como por el nombre del autor; es del

compositor francés M. F. Halevy y se titula *Recuerdos y Retratos*. M. Halevy nos hace asistir á las sesiones públicas de la Academia de bellas artes durante un periodo de catorce años, y nos presenta un crecido número de biografías entre las cuales descuellan las de Britton, Gregorio Allegri, P. Fontaine, Jorge Onslow, P. Delaroché, Adolfo Adam, etc. La arquitectura, la pintura y la música andan reunidas.

Llama sobremanera la atención en este volúmen interesante el retrato de Britton. Tomás Britton fué el primero que hizo penetrar en Inglaterra el gusto por los conciertos públicos.

Britton nació en el condado de Northampton en 1657, y entró de aprendiz siendo muy niño todavía en casa de un carbonero de Lóndres, quien principió por mandarle llevar á cuevas un enorme saco cuyo contenido debia vender al por menor en las oscuras callejuelas de la Cité. Cuando llegada la noche entraba con el saco vacío, su amo le daba á guisa de cena un poco de tocino con pan; pero si no habia despachado el carbon, Britton no cenaba.

Al cabo de siete años pasados así, el carbonero le dijo que ya estaba enseñado. Britton se volvió á su aldea, donde con los ahorros que habia hecho aprendió á leer y á escribir. Sin embargo, pronto agotó sus pobres recursos, y necesitó buscarse la vida. Con este fin salió para Lóndres á pié, donde llegó sin un penique; no obstante, se ingenió para hacerse con un saco de carbon, y comenzó á pasearse de nuevo por la Cité para vender su mercancía.

Britton se iba haciendo hombre, y se iba despertando en él la afición á los libros y á la música.

Por aquel tiempo muchos señores de la aristocracia inglesa se mostraban apasionados á los libros viejos y á los manuscritos. El duque de Devonshire, los condes de Oxford, de Pembroke, de Sunderland y de Winchelsea, miembros del Parlamento, pasaban el tiempo registrando librerías, y todas las noches se reunían en un almacén donde se contaban los hallazgos preciosos que habian hecho.

Ahora bien, una vez que la asamblea estaba reunida, vieron entrar á un jóven fizado de carbon que pedia noticias sobre un libro muy raro.

Le miraron con sorpresa; el hecho era inaudito, y nada mas se necesitó para interesar á los nobles lores.

Hicieron varias preguntas al carbonero, y sus respuestas le conciliaron las simpatías. Le trataron como á un igual; él supo conducirse como un gentleman, y desde aquel momento Britton fué considerado entre ellos como un amigo.

Pero á pesar de las ventajas que podia sacar de su protección, nada quiso cambiar ni en sus hábitos, ni en su traje, ni en sus gustos. Siguió siendo carbonero como hasta entonces, y en vano le pidieron que al menos se mudara de domicilio; no quiso abandonar la cuadra en que vivía.

— ¿Veis esta cuadra? les dijo; pues bien, á ella vendrán los personajes mas encopetados de Inglaterra.

Britton tenia un pensamiento que no tardó en realizar; reunió á los artistas mas famosos de Lóndres, y con su concurso organizó el famoso « Club musical. »

Esta reunion hizo furor, todas las celebridades aristocráticas de Lóndres quisieron entrar en el club. Si hubieran abierto salones suntuosos en el barrio mas elegante de Lóndres, nadie habria acudido; pero un club en una cuadra era una singularidad que debia chocar soberanamente.

Mas tarde, sin embargo, fué preciso buscar otro local; pues el primero habia llegado á ser insuficiente.

M. Halevy consagra algunas páginas al concierto de inauguración, entrando en pormenores con tanta minuciosidad que se diria estuvo presente en aquella fiesta.

Los conciertos principiaron en 1678 y se concluyeron en 1714, cuando murió Tomás Britton.

Dos palabras sobre su muerte, que fué tan singular como su vida.

Entre los miembros del club se contaba uno llamado Robe, que era juez de paz en el condado de Middlesex, y que entró un dia acompañado de un herrador de su país.

Britton era un hombre sencillísimo en todas sus cosas.

El herrador era ventrílocuo.

De repente, con una voz que parecia salir de las entrañas de la tierra, el herrador exclamó:

— Arrodíllate, Tomás Britton, ¡tu hora ha llegado!... Encomienda tu alma á Dios que vas á morir.

Britton se sintió inundado de un sudor frío. Se puso de rodillas y pidió á Dios que le socorriera.

Todos se apresuraron á tranquilizarle, pero él á nadie quiso oír; tuvieron que llevarle á su casa, y dos dias despues habia muerto presa de un terror indecible.

El ejemplo dado por el carbonero Tomás Britton no ha sido estéril; las sociedades de conciertos se fueron multiplicando desde aquella época, y cada vez con mas aceptación por parte del público.

MARIANO URRABIETA.

Un baile.

I.

Celebraba don Antonio
El santo de doña Pepa,
Y al efecto preparaba
Una alegre francachela;
Pues que, á fuer de caballero,
Juró, cuando era soltera,
Que aun despues de casada
Había de hacer fiestas.
Don Antonio no es hermoso;
Doña Pepa es algo fea;
El es brusco hasta el extremo;
Ella, en verdad, poco diestra
En esto de cumplimientos,

De sociedad y etiquetas;
Pero se quieren, y basta
Para su dicha perfecta.
Gastan plata y buen humor,
Y cuando el dia se acerca
Del patriarca san José,
Entonces es que comienzan
Los recaudos y las compras,
Los afanes y carreras
Para dar un bailecito
Y preparar una cena;
Y aunque una vez en el año,
Esto siempre lisonjea
A la chusma de pipiolo
Que á costa de la pareja
Bailan, comen, se trasnochán,
Se divierten y recrean,
Y de los cuales no hay miedo
Que ninguno lo agradezca.
Uno de estos soy yo mismo:
Yo, que de la amable Pepa
Soy amigo desde el año
Mil ochocientos cuarenta
En que un su primo halló en casa
Buena acogida y franqueza,
Cuando andaba perseguido
Por causa de las revueltas.
Mas esto no viene al caso:
Sigamos con doña Pepa.—
En semejante ocasion
Como lo dice ella mesma,
Será don Pacho el primer
Chicharrón de la cazuela.

II.

Me preparaba á salir,
Pues urgentes diligencias
Me llamaban á la calle,
Cuando tocan á la puerta.
— ¿Quién es? — Yo soy. — ¿Qué decia?
— Que si *estai* mi amo don Pacho.
— *Ai* está, dijo el muchacho.
— ¿Cómo le va? — ¿Qué queria?
— Que *le espachaba* á decir
Mi señora doña Juana
Que es su señor, que mañana
Tenga la bondad de ir,
Porque tiene una *riunion*:
Que es una cosa casera,
Y que sin falta lo espera
Al punto de la oracion.
Hay aquí algun escondite:
Doña Juana ó doña Pepa...
— No, señor, mi *señá Chepa*
Le ha encargado del convite,
Porque como está ocupada
Con el horno y amasijo,
Sobre el convite *esque* dijo
Que no podia hacer nada.
— *Decile* que bien está;
Que si no hay inconveniente
A su mandato obediente
Sin falta allá me tendrá.

III.

A la mañana siguiente
Volvió á casa *Magdalena*,
Que así llamaba la criada
(Aunque no hace penitencia)
Con recaditos de su ama
Que dispense la franqueza
Que va á tomarse conmigo:
Que le preste unas bandejas,
Cuatro azafates pequeños,
Un convoy y una docena
De cubiertos que le faltan:
Que perdone la molestia;
Y que tan solo me ocupa
Por lo mucho que me aprecia.

Entreguéla lo que dijo,
Aunque con cierta sospecha
De que aquella despedida
Había de ser la postrera
Que le daba á mi convoy,
A mis platos y bandejas,
Mas no omití el cumplimiento,
Aunque de dientes afuera,
De encargarla que dijese
Que en lo demás que se ofrezca
Mi placer será servirles,
Pues que mi pobre despensa
Está á su disposición
Con todo lo que ella encierra,

Llegó al fin aquella noche
 En que de grado ó por fuerza,
 Tenía que divertirme
 Y hacer cara placentera.
 A las cinco, poco menos,
 Arremetí la tarea
 De acicalarme y prenderme
 Como la mejor coqueta:
 Afeitéme con desgano,
 Puse en órden la melena,
 Mudéme otra vez camisa
 Con pereza ó no pereza;
 Me puse el chaleco blanco,
 La casaca dominguera,
 Los guantes de cabritilla,
 El reloj con la cadena;
 Y tomando la cachucha
 Y una capa mas que vieja,
 Salí pisando blandito
 Como gato por las tejas,
 Pues llevaba por desgracia
 Zapato y media de seda.
 Atravesé veinte calles,
 Pasé por cincuenta iglesias,
 Y al fin cansado y molido,
 Sin farol y sin linterna,
 Maldiciendo las tertulias
 Llegué á la casa de Pepa.

Para colmo de desdichas
 Cerrada estaba la puerta,
 Que hay personas que dan baile
 Y con cerrojo se encierran.

IV.

No faltarian algunos lectores que aguardasen que este artículo continuase en verso como comenzó, y á fe que tenían razon, porque aunque no es lo mas comun continuar y acabar las cosas como se comienzan, siguiendo siempre un mismo camino, sino variarlas todos los dias, á cada instante; sostener una opinion al principio y otra al fin; presentar un proyecto hoy y combatirlo mañana; romper un discurso en estilo sublime, con énfasis, con elacion, y concluir como la mula de alquiler; ofrecer el oro y el moro en un periódico y no cumplir nada; no obstante todo esto, yo siempre he sido formal en esto de cumplir mis promesas, y he tenido punto en pasar por hombre de bien, perseverante, fijo é inmóvil, como don Jorge.

Para evitar pues los cargos que sobre el particular pudiera hacerme algun lector poco indulgente ó algun enemigo, anticiparé y desvaneceré todas las suposiciones que es natural se hayan aventurado.

Se acordará Vd. que yo me habia quedado en la puerta de Pepa, que es en Mortiños Street, aguardando á que me abriesen; abríme al fin una criada hedionda, y entré por un zaguan angosto y oscuro, cuya direccion no podia seguir sino abriendo los brazos, como quien reza la estacion. Subí tambien por una escalera hedionda tambien y alumbrada por un farol que cuando nuevo seria de vidrio, pero que hoy es de sebo; esta escalera desembocaba en un corredor oscuro en donde se hallaban varios hombres, unos con capas, otros con capotes, otros en cuerpo, casi todos fumando tabaco y conversando *a sotto voce*, pero todos de buen humor. No he visto cosa que haga mas amables á las gentes que la expectativa de un baile: el hombre mas adusto se hace un caramelo en el corredor de una casa donde hay baile: el mas estirado y finchado se vuelve una jaletina al primer registro de los clarinetes: personas que no conoce Vd., á quienes no ha saludado jamás, vienen á darle la mano, y se la estrechan tan cordialmente que le hacen olvidar á Vd. como catchu. Cuando Vd. vaya á baile tenga cuidado de quitarse los anillos que lleve (si es que Vd. es hombre de cargar anillos), pues de otro modo corre gran riesgo de que le hagan en los dedos una herida. Un grupo de cachacos estaba en la puerta de la sala atisbando lo que habia dentro, pero sin atreverse á entrar. Yo, para no hacerme singular, me quedé tambien en el corredor despues de haber sido introducido á la alcoba por la puerta falsa para que allí dejase mi capa y demás adminículos, y me acerqué á la puerta de la sala en donde más parecia que se estaba velando á un muerto que disponiéndose á bailar. Habia una docena de señoras, parte de ellas en servicio activo, parte en disponibilidad, y otra docena retiradas con pension; el comandante de este depósito de retiradas parecia ser una vieja majisima, que miraba con ávidos ojos á los hombres que habia en la puerta, y que estaba empeñada en dar de alta en su depósito á varias jóvenes de las que todavía pueden hacer el ejercicio.

Como yo habia ido con intencion de divertirme de cuantos modos acostumbro yo á divertirme en un baile, me puse á examinar escrupulosamente cuanto á mi vista se presentaba, y cuanto á mis oidos llegaba. La sala era espaciosa, y la estera, aunque vieja y remendada, la habian barrido aquel dia. Los muebles no representaban ninguna época, ó por mejor decir las representaban todas, desde el siglo XVII hasta el año de 1846. Habia cinco canapés ó sofás, de los cuales solo dos eran iguales, fabricados por el maestro Garai

en 1832; los demás eran de distintas figuras, tamaños, colores y maderas, lo que provenia de que para aquella funcion habia sido necesario traer á la sala los muebles del cuarto de costura, los del estudio de don Antonio y los taburetes de guadamecil del comedor. Por esta misma razon se veian reunidas en la mejor paz y armonia cuatro sillas de paja desvencijadas, cinco forradas en damasco azul de lana y barnizadas de negro, y seis de guadamecil. El ropero de pino, que ordinariamente estaba en la sala como mueble de lujo, haciendo juego con una cómoda sin tiraderas, habia marchado de frente para el cuarto de Pepa, y dejado un buen espacio desocupado en la sala para la contradanza. El cajon del Niño Dios habia quedado sobre una mesa; pero los platos y vasos de cristal que lo rodeaban habian marchado para la despensa, destinados por el poder ejecutivo á servir la horchata y bizcochos de ordenanza. En lugar de colgadura de papel habia un friso pintado con brocha gorda, haciendo unas guirnaldas y flores que mostraban la risueña imaginacion del pintor. De las vigas atravesadas que ocupaban el lugar del cielo raso, pendian dos bombas de vidrio desiguales y una guardabrisa, en cada una de las cuales habia una vela de sebo. Sobre la cómoda habia pomadas, frascos de aguas de olor y copas de champaña, que habian quedado francas aquella noche, porque no habiendo champaña que beber, no podian estar de faccion en la despensa. Enfrente de la puerta de la alcoba, que estaba adornada con unas cortinas zanconas de muselina blanca lisa con fleco de pelotitas, se presentaba como un monumento histórico y venerable la cama matrimonial, no ciertamente tan antigua como sus actuales dueños, pues databa del año de 25, pero sí de una construccion maciza y pesada, con gruesas columnas amarillentas, talladas bestialmente: parecia un gran sepulcro del órden toscano. Aquel dia la cama estaba limpia y cubierta con una gran colcha de damasco de lana; junto á aquel dichoso tálamo y á la cabecera de él, una imagen de los Dolores, tan dolorosamente mal hecha que daba compasion. Por último y á retaguardia, los baules, perchas y demás muebles, que sin duda hacian parte de la funcion, pues se habian quedado allí á la vista de todo el mundo.

Cuando yo asomé las narices por la puerta de la sala, no vi en ellas sino mujeres, que por lo inmóviles y silenciosas, me recordaron la coleccion de estatuas de los Barreras; todas estaban sentadas en fila como un batallón, todas calladas, todas mirando oblicuamente á sus compañeras de barlovento y sotavento, todas con las manos sobre las rodillas ó con los brazos cruzados; á ninguna se le ocurría hablar á su compañera una palabra, decirle que vivia muy lejos, que la noche estaba muy hermosa, que en Bogotá hay pocos bailes, nada; estaban como peleadas; cualquiera hubiera dicho que era un certámen del colegio de la Merced, y que las alumnas aguardaban á los examinadores. Pero á la vista aquel grupo era muy alegre, demasiado alegre; una tenia traje rosado con adornos verdes, otra traje azul con adornos blancos, otra amarillo, otra verde, otra negro, otra blanco, otra pintado, otra listado; cual vestia seda, cual muselina, cual zaraza; esta llevaba manga corta con guante tambien corto; aquella manga larga; la de mas acá cotilla; la de mas allá corp ifio de cuello; una peinaba sencillamente: otra llevaba un jardin en la cabeza, y se habia metido las flores y los ramos hasta detrás de las orejas. A ninguna le habia ocurrido que la sencillez y buen gusto constituyen la elegancia, que un traje blanco ligero, sobre ser poco costoso, da á la mujer un aire angelical, un aspecto aéreo y fugaz: que un ligero adorno en la cabeza puesto con gracia, vale mas que todos los ricos aderezos y brillantes pedrerías; que una mórbida garganta desnuda es mas encantadora que todas las cruces, esmeraldas y cuentas de oro, que solo usan las plateras y las indias entre nosotros, y las negras en otras partes.

En este punto iba yo de mis observaciones, cuando un fuerte redoble de tambor me sacó de mi distraccion, y por el pronto me trasladó á un campo de batalla. Como yo estaba preocupado con la idea de que aquella hilera femenil era un cuerpo de linea que estaba aguardando la voz de su comandante, la ilusion vino á ser completa, y decididamente creí que estaba presenciando una revista de tropas.

(Se concluirá.)

(De la Guirnalda de Bogotá.)

El palacio de Heidelberg.

Mas lentos, mas tenaces, menos amigos de los cambios que los demás pueblos, los alemanes estaban todavía en la arquitectura romana cuando el arte gótico dominaba ya en Francia; así sucedió que tambien conservaron este último mucho mas tiempo una vez que le hubieron adoptado. De tal modo reinaba entre ellos, que han conservado hasta nuestros dias la escritura del siglo XV, en tanto que por todas partes se empleaba ya la del XVI. ¿Cómo no creer pues que un pueblo tan perseverante en sus antiguos hábitos no hubiese inventado formas que le eran tan caras? Justamente porque habia tardado en moverse, hubo críticos superficiales que creyeron que habia enseñado el camino, y se imaginaron que habia sido el primero porque se habia quedado el último de los góticos.

La arquitectura del renacimiento, en efecto, declinaba ya en Francia cuando la Alemania principiaba á adoptar lo que creian era el estilo antiguo. Sus dos pin-

tores mas notables, Alberto Durer y Holbein, aunque atravesaron los Alpes, continuaron siendo alemanes, protestantes y góticos. La reforma religiosa les impidió hasta cierto punto adoptar la reforma en el arte.

Esta razon debia influir mucho mas en los constructores, si es cierto que la arquitectura es uno de los testigos mas irrecusables de las creencias de un pueblo. En el siglo XIII las grandes catedrales de Francia estaban levantadas cuando los arquitectos alemanes comenzaron á copiar las de Amiens y de Beauvais para edificar Nuestra Señora de Colonia. En el siglo XVI esperaron á que los palacios de Madrid, de Blois, de Chambord y de Fontainebleau estuviesen en pié, á que se hubiese trasformado el Louvre, y Filiberto de Lorme hubiese comenzado las Tullerías, para intentar algunos ensayos en Estrasburgo, en Dantzig y aun en Heidelberg, antes de adoptar el nuevo estilo. Todos saben lo que era este estilo en Italia y lo que habia producido, y nosotros no lo diremos aquí, porque el renacimiento alemán nos parece inspirado mas bien de los monumentos de la Francia que de los de la Península. Es cierto que estos últimos indujeron á los franceses á modificar su arquitectura y á volver á las formas antiguas; pero los hábitos seculares de independencia, adquiridos en la práctica del sistema ogival, les permitieron dar un sello particular á sus primeras construcciones. A las grandes líneas, á las anchas superficies lisas de que siempre han gustado los italianos, sustituyeron los franceses la gracia, el capricho y la multiplicidad de los detalles. Antes de la intrusion de los extranjeros en Fontainebleau, los arquitectos franceses de ese palacio con los de Blois, Chambord y Gaillon, supieron dar á sus construcciones un carácter individual. No era ni el estilo antiguo, ni el de Roma ó Florencia, sino que era como un hijo bastardo del templo y de la catedral, del anfiteatro y del castillo feudal. Era mezcla de formas á menudo incoherentes, pero tan bien combinadas que la critica no puede juzgarlas severamente. Esta incoherencia en la riqueza se halla en Heidelberg en las construcciones que mandó levantar el conde palatino Otto Henry, de 1556 á 1559.

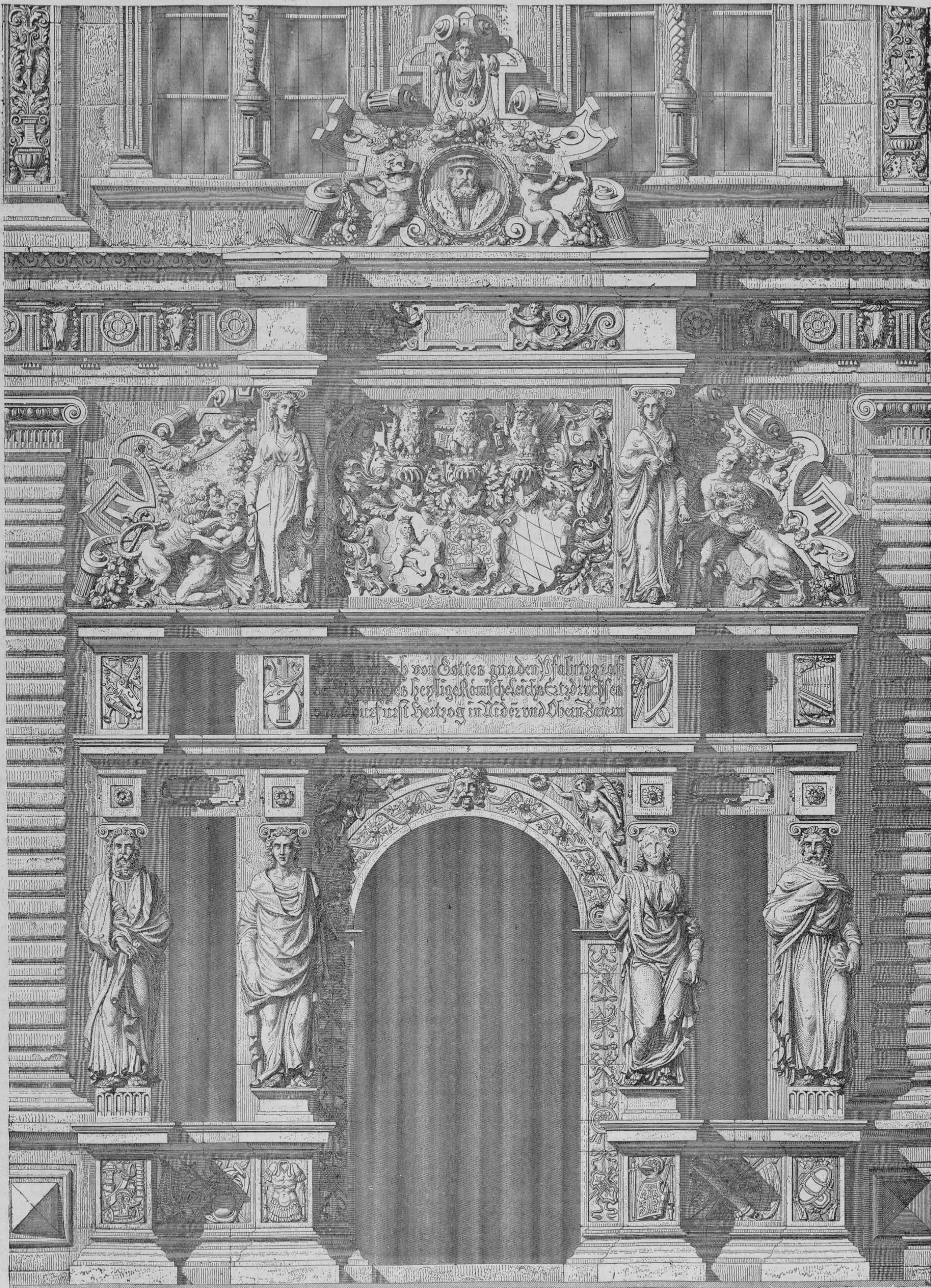
Esta posición fuerte en la confluencia del Neck y del Rhin, siempre ocupada militarmente por los poseedores del terreno, celtas, romanos y francos, vió, á partir de Conrado, hermano de Federico Barbaroja, que las construcciones se añadían á las construcciones desde el siglo XII hasta el XVII. Las torres defendieron los cuerpos de casa, y los palacios se abrigaron detrás de las torres. Luego la guerra, destruyendo una parte de esos edificios, vino á unir el carácter pintoresco de las ruinas á lo pintoresco de tantas construcciones incoherentes, y á producir esos restos que todos los viajeros han descrito y admirado. El pincel, el lápiz ó el buril, no habian mostrado hasta ahora de Heidelberg mas que esos aspectos románticos que llaman la atención á primera vista; la guerra y las rapiñas, los amores y las canciones báquicas; las baladas; los caballeros armados y las niñas inocentes; lo real y lo fantástico salian por las grandes troneras del torreón cuya silueta gigantesca dominaba los montes, los bosques, las llanuras y el ancho valle por donde corre el Rhin.

Pero la fotografía moderna conspira contra la poesía, y las publicaciones serias y exactas combaten á todo aquel mundo de caprichos. Una obra de ese género acaba de llevar á buen fin M. R. Pfnor, que no se ha ocupado en las ruinas de Heidelberg mas que de las construcciones diversas levantadas durante el siglo XVI; de manera que su obra puede pasar por un estudio sobre el renacimiento en Alemania.

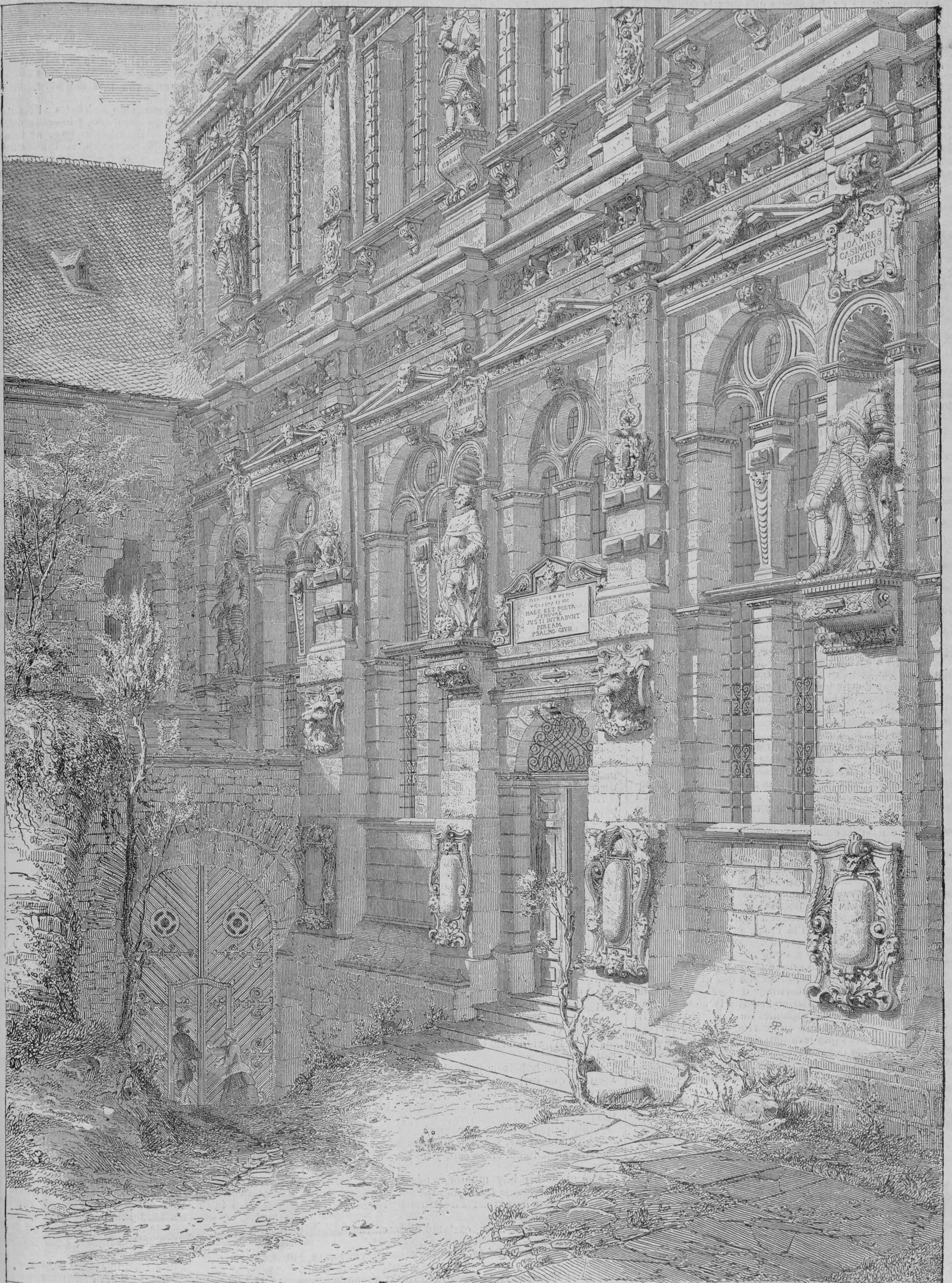
La primera aparicion del renacimiento en Heidelberg se encuentra en las adiciones hechas á las construcciones levantadas por Ruperto en el siglo XV. Es una chimenea construida en 1546 por las órdenes del palatino Federico II bajo la direccion de Haidern. Los pilares con finos arabescos, los medallones de quimeras y delfines, el manto con los leones del palatinado, que tienen escudos en sus garras, todo ello es puro renacimiento franco-italiano, tan delicado en sus perfiles y tan abundante en detalles. Viene despues la construccion levantada por Otto-Henry durante su corta dominacion de 1556 á 1559.

Reproducimos un fac-simile de la hermosa lámina de M. R. Pfnor, que representa la entrada de ese edificio notable. M. D. Ramée, antes del texto de la obra á que nos referimos, dice « que su conjunto es de una entera tranquilidad; que su concepcion es muy arquitectónica, que está bien articulada y debe llamar la atención de los inteligentes. » Creemos en efecto que así debe ser, pero á causa sobre todo de su poca tranquilidad. En cuanto á los inteligentes, podrian tener mucho que decir acerca de las proporciones de esas ventanas tan recargadas de ornatos que no tienen nada de arquitectónicos, pues en manera alguna se hallan en la esencia de la arquitectura. Todo eso es una simple decoracion añadida al monumento; y muchos de esos ornatos son un contrasentido. ¿Qué significacion tienen, verbigracia, los degüellos que cargan con una monotonía desesperante la cornisa separatoria del piso bajo y del primer piso? ¿Qué son esas estatuas, esos términos cuya base se ve y que están contra las ventanas del primer piso? ¿Porqué los atributos de la guerra esculpidos en el basamento del monumento? ¿Porqué los trofeos de instrumentos de música en el friso? ¿Porqué mas arriba las cabezas de buey? ¿Conduce esa entrada á un arsenal, á un salon de baile ó á un matadero?

Si quisiéramos analizar toda la fachada que se eleva detrás de esa puerta, cuánto tendríamos que decir:

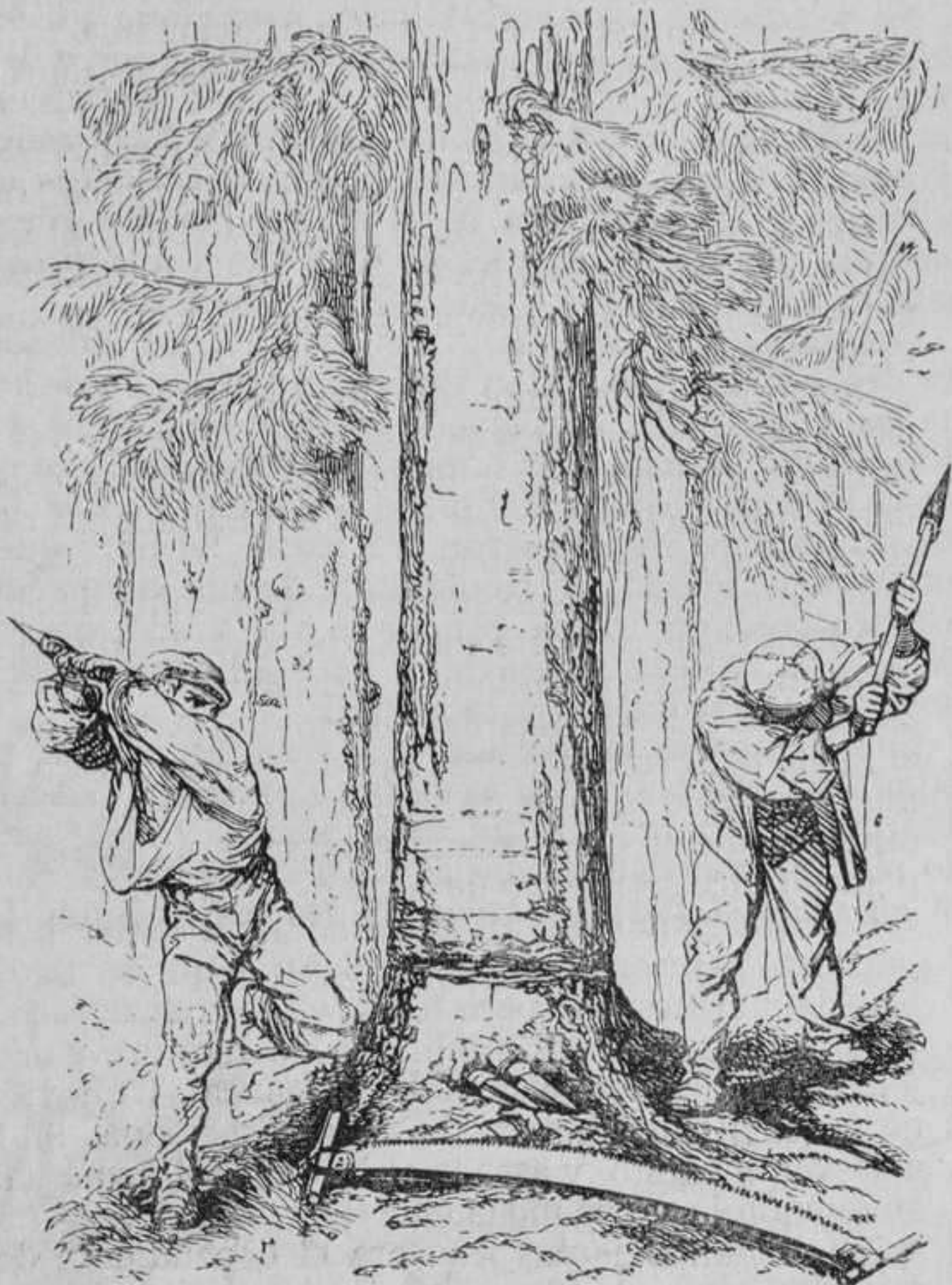


EL PALACIO DE HEIDELBERG. — PORTADA DEL PALACIO DE OTTO HENRY (1556).



EL PALACIO DE HEIDELBERG. — PABELLON DE FEDERICO IV (1601).

Has de un trabajo perseverante, y donde las paredes, los fosos y los cercados hacen constar los derechos de los propietarios. Los campos tales como se ofrecen á nuestra vista por lo comun, forman una especie de fábrica al aire libre; la vegetacion está subordinada á la vigilancia de la industria, como otros agentes físicos



LEÑADORES DERRIBANDO UN ARBOL.

en las manufacturas. La tierra apenas produce una verdura escasa; los árboles siempre amenazados por el hacha se elevan tímidamente á algunos piés de la tierra y componen zarzales que toman el título de bosques; hasta los animales no subsisten sino con licencia del



LEÑADORES CORTANDO, MONDANDO Y DISPONIENDO LOS TRONCOS PARA EL ACARREO.

hombre, y si el pájaro no la obtiene, se ve en la precision de huir á buscar á otra parte una patria.

Los Vosges no tienen abismos, ni esas cuestas peligrosas, ni esas cumbres temerarias á las que se sube exponiendo la vida; ni ventisqueros, ni torrentes notables, ni esos lagos inmensos que agita la borrasca y los hace mugir como mugen las olas del mar, y sin embargo, ofrecen aquí y allá una imágen de la naturaleza en su gracia virginal, en su independencia primitiva. Sus partes mas elevadas oponen al cultivo obstáculos casi insuperables. Admiranse allí cuadros de una hermosura prodigiosa; descúbreanse allí costumbres, industrias, hábitos singulares y dignos de ser estudiados.

Tales son las de los obreros forestales que vamos á describir en este artículo.

En cuanto los guardas han medido el espacio de monte que se ha de cortar, y una vez que han marcado cuidadosamente cada uno de los troncos de árboles destinados á perecer, sacan el trabajo á pública subasta. Se presentan en competencia compañías de obreros, y la mas modesta, esto es, la mas resignada obtiene la preferencia.

Los unos se encargan de echar abajo los árboles, y los otros de llevarlos á los valles inferiores. Los primeros pertenecen al gremio de los leñadores, y los segundos se llaman *schlittours*. En alemán *schlitt* significa *trineo*; ahora bien, acarrear la leña de los puntos elevados en trineos, pues la pendiente no permite el uso de los carros, y llaman *schlittours* á los hombres que se ocupan de esta faena. — En Francia se ha trasportado á la lengua esta palabra germánica, que nosotros traducimos *acarreadores*.



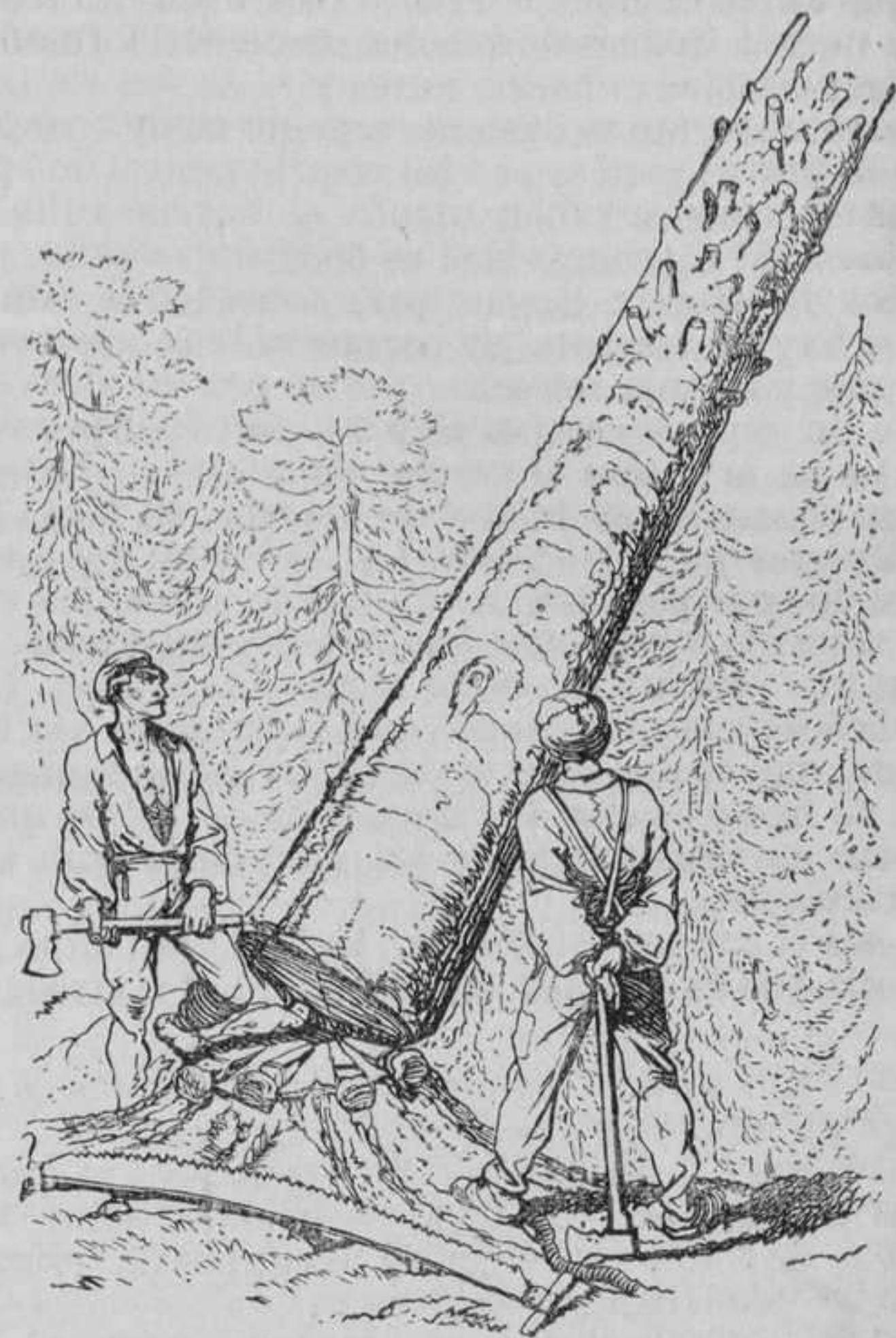
LA ESCAMONDA.

Una vez cerrado el trato, los socios principian por levantarse una cabaña, pues deben pasar muchos meses lejos de su familia y necesitan un abrigo. Esta morada transitoria es lo mas agreste y primitivo que se puede ver. Todos sus materiales consisten en troncos de árboles y cortezas. He visto cabañas de leñadores apoyadas en una cuesta; unas varas de abeto reunidas formaban las paredes laterales que iban estrechándose hácia la montaña. Ramas un poco gruesas y sostenidas por unas vigas cubrian el humilde retiro y dilujaban un ángulo; las cortezas hacian el oficio de tejas. Delante estaba el hogar cuyos vapores y azulado humo se escapaban por una abertura irregular. Una tabla contenia las cenizas y otra servia de marco á la cama; el intervalo que quedaba entre ambas era el único paso.

Hemos pronunciado la palabra cama, pero no se vayan á imaginar nuestros lectores que se trata de un blando lecho como los que se usan en las ciudades; los montañeses no conocen semejante lujo. Unas ramillas de abeto son sus únicos colchones, y en cuanto á las almohadas, las juzgan superfluas. Como nunca se desnudan no necesitan ni mantas ni sábanas; duermen con sus vestidos como duermen con sus pieles los animales.

Nada mas sobrio que el régimen de los obreros forestales. Llevan para toda una semana un

saco de patatas, un poco de tocino ó de manteca y pan de municion; regularmente el agua es su única bebida. A veces una especie de cantinera que recorre las montañas les lleva un vaso de kirsch, ó si escasea este licor un simple vaso de schnapps. Un buen hombre que sigue á un borrico de patas firmes, renueva la provision



LA CAIDA DEL ARBOL.

de pan. Hacen para comer una sopa grosera, en que apenas se encuentran la manteca y el tocino; las patatas las comen cocidas con un poco de sal.

Tal es el alimento constante de esos laboriosos jornaleros. La temperatura cambia, los meses se suceden,



CARGAMENTO DE LOS TRINEOS.

los años van cayendo uno tras otro en la eternidad como los torrentes en los abismos; y la mesa del leñador ofrece siempre el mismo aspecto. Y empleo esta palabra mesa por costumbre, pues el leñador no tiene otra que sus rodillas. Si la patata no existiera, no sé lo que harian para alimentarse. Los demás montañeses tienen el recurso de la leche al estado natural y bajo todas las formas que puede tomar; los leñadores están privados de ella, pues no hay vacas en los montes, y sus recursos no les permiten comprar queso.

Cuando los acarreadores se han instalado en la selva con los leñadores, cuando han llevado á la cabaña sus tristes provisiones, se creeria que pueden principiar su obra especial, pero no es así; á ella precede siempre una tarea enorme. Se trata de crear el camino por donde han de acarrear la leña, y su trazado es la primera cosa que les ocupa. Estudian la montaña y el declive de los terrenos con mucha atencion, pues lo que buscan es una inclinacion suave que les dispense de tirar, que no acelere demasiado el movimiento de su carga. Para obtener este declive propicio ¡cuántas líneas tienen que describir! ¡Cómo se desliza su línea peligrosa en torno de las colinas, pasando de una á otra, volviendo sobre sí misma, bajando por una porcion de rodeos hácia las tierras inferiores! Esta vía pasa á lo largo de los valles silvestres, domina las cascadas, evita su niebla, penetra en la oscuridad de los bosques, se lanza mas arriba de los torrentes, y atraviesa los prados mas hermosos que hay en el mundo.

Los caminos destinados á los trineos se llaman en las montañas caminos de *rafton*. Ignoro de dónde viene este término. En inglés *raft* significa balsa, un tren de leña; *rafter* una viga. ¿Habrán ido á buscar los jorna-



ACARREO DE LOS HACES DE LEÑA.

leros de Alsacia una expresion técnica mas allá de las olas, ó se la habrá llevado algun highlander errante? Es una cuestion que no me encargo yo de resolver, pues no tengo una aficion pronunciada á la ciencia etimológica. En ciertos bosques hacen trazar los caminos por los ingenieros, lo que ahorra á los montañeses un estudio penoso.

Una vez que la línea está dibujada, construyen la via que ofrece el aspecto de una escala sin fin tendida en la tierra; troncos de árboles medianos forman las subidas; en ellas se hacen cortes y se clavan los travesaños. Este aparato es bastante sencillo cuando se planta en la tierra; pero es preciso crearle puntos de apoyo y mantenerle al nivel en cuanto el terreno sufre una depression. Si la concavidad es poco importante, unos pedazos de madera bastan para contener el camino; pero si hay un torrente, un barranco, la última revuelta de una garganta estrecha que es preciso atravesar, y que de repente cortan el paso, son indispensables trabajos de arte mas ó menos complicados. Entonces apoyan el camino en pilares de madera, en vigas perpendiculares y forman puentes y viaductos, que á veces tienen dos cuerpos. Los montones de leños, las vigas unas veces derechas, otras inclinadas y arqueadas, sostienen una primera hilera de troncos de árboles. Estos sostienen á su vez los cabrios que soportan la via transparente, que es una especie de ancha escala horizontal como ya hemos dicho. Los dueños de las selvas que se explotan suministran todos los materiales para estas construcciones.

Ya está el camino establecido. Es una gran tarea preparatoria que exige otra en seguida. Los acarreadores



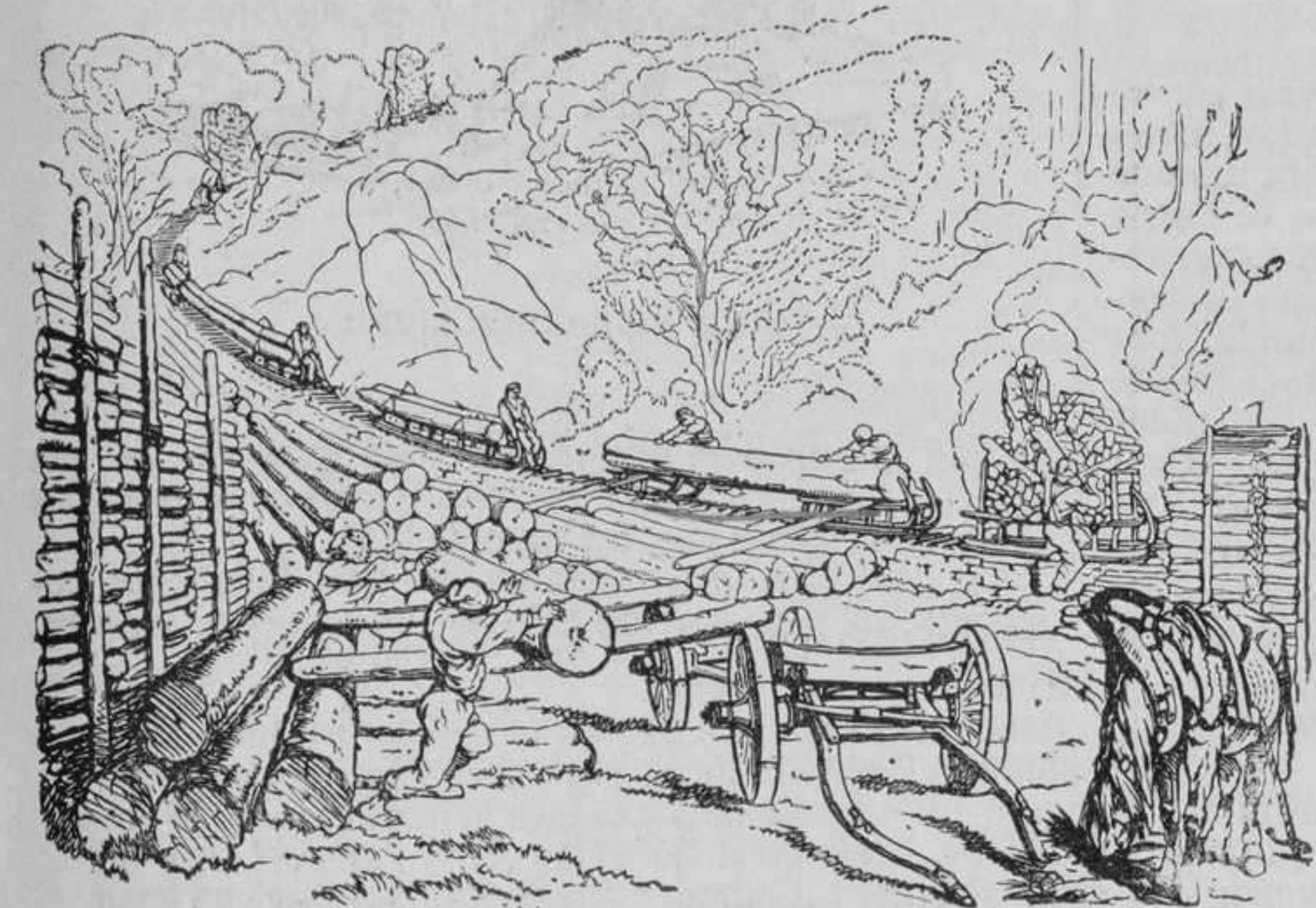
LA SEÑAL DE UNA DESGRACIA.

mosos árboles tendidos en la tierra. Antiguamente cortaban los abetos y las hayas sin mondarlos; pero sus fuertes ramajes aumentaban los daños que causan naturalmente. Su tronco comete ya bastantes destrozos; deja pelado todo un lado de los árboles junto á los cuales pasa; estos vecinos mutilados parecen enanos. En el día no se corta un árbol sin haberle despojado de sus ramas. La verde diadema que corona su frente es el único ornato que les dejan.

No solamente los obreros hacen caer como quieren estos reyes del desierto, sino que estando cerca de la raíz no corren ningun peligro; el menor movimiento les desviaría de la masa. Se ha renunciado hace mucho tiempo al uso de las cuerdas. El único accidente que amenaza á los leñadores es el de ser heridos por las piedras, por los fragmentos de roca que los troncos de árboles hacen rodar y saltar por las pendientes.

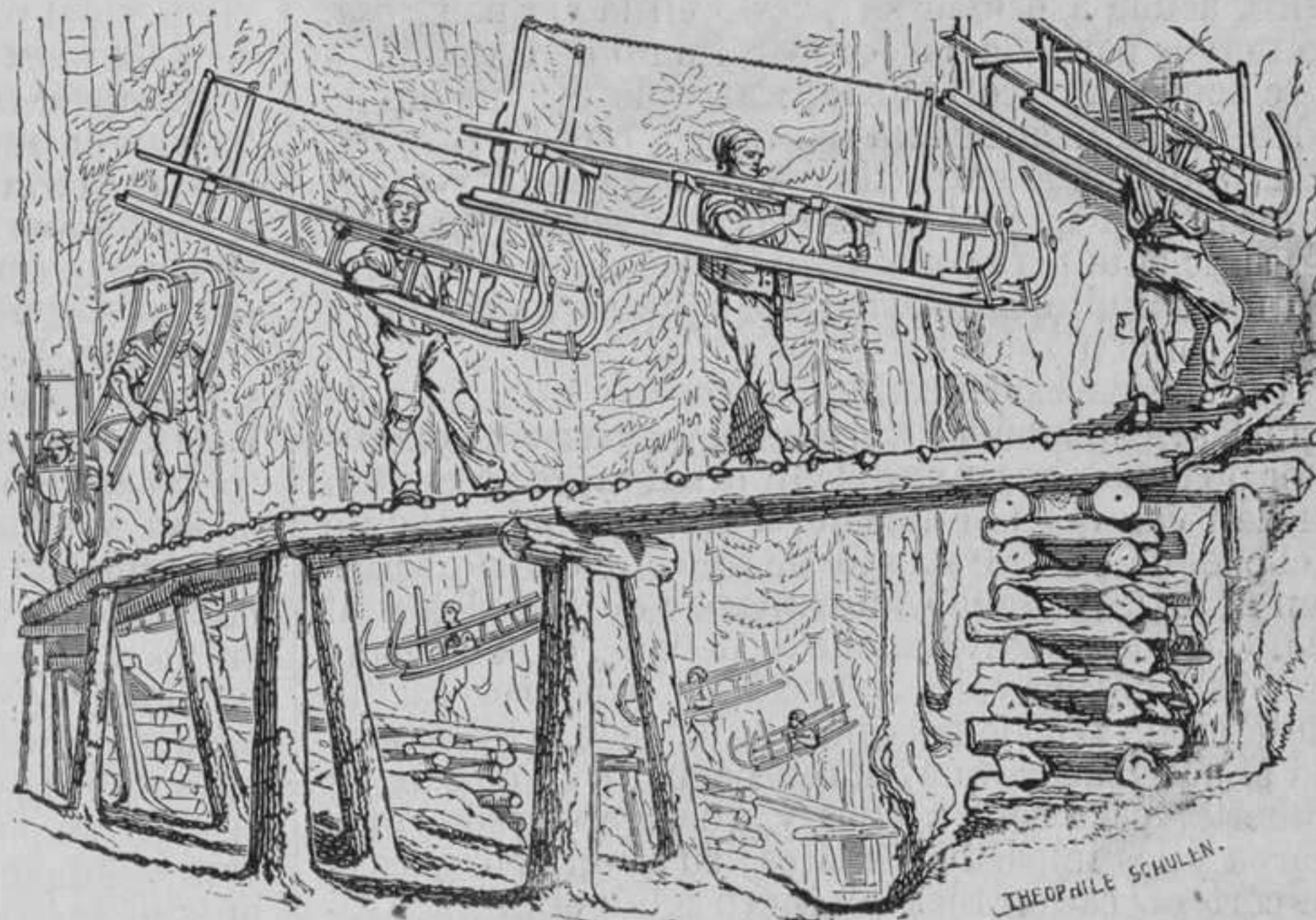
Cuando han echado abajo los árboles, los leñadores los despedazan. Les cortan los brazos cuya leña es buena para quemar; despojan la copa de su corteza y la dividen en pedazos mas ó menos grandes, pedazos que en el lenguaje técnico del oficio se llaman troncos. Con las ramas menores preparan los haces. Su obra queda entonces terminada, y comienza la de sus compañeros los acarreadores, tarea penosa en alto grado, que les causa una tristeza ordinaria, y hace salir quejas de su boca así que se les dirige la palabra.

En efecto, esos montañeses que respiran un aire tan saludable, que beben un agua tan exquisita y deberían disfrutar de la mejor salud, están pálidos y flacos como los obreros mas extenuados de las manufacturas. No se ve en ellos el hermoso color de los campesinos. Los



ACARREADORES DESCARGANDO LA LEÑA Y PREPARANDOLA PARA ASERRARLA.

do, pues no cortan todos los árboles, son generalmente muy espesas. Los altos lugares que ocupan, las dificultades de la explotacion, el crecido valor de los troncos voluminosos, impide que las destruyan del todo como sucede en los montes secundarios. Admíranse allí verdaderos gigantes. Y sin embargo, es preciso que caigan: los leñadores se cuidan poco de su atractivo pintoresco, y los propietarios piensan únicamente en su valor comercial. El sacrificio tiene lugar con las hachas cuando el tronco está colocado junto á piedras que se oponen al empleo de la



REGRESO DE LOS ACARREADORES A LO ALTO DEL MONTE.

fabrican ellos mismos sus trineos. Eligen la madera cuidadosamente, pues tienen que llevar cargas pesadas, y si se rompieran el conductor correría un gran peligro. Sin embargo, deben ser ligeros, en atención á que el obrero los sube á hombros cuando ha llegado á la extremidad del camino. Emplea pues para construirlos una madera sólida, el Fresno ordinariamente, y corta en el arce las varas cintradas entre las cuales se coloca. Los montañeses calculan que un trineo les sale por seis francos. Una vez terminado, ya ningun obstáculo les detiene.

Los leñadores han dado principio á su tarea. Sin respeto por la vejez han atacado los abetos, las hayas seculares. Las selvas que van aclaran-

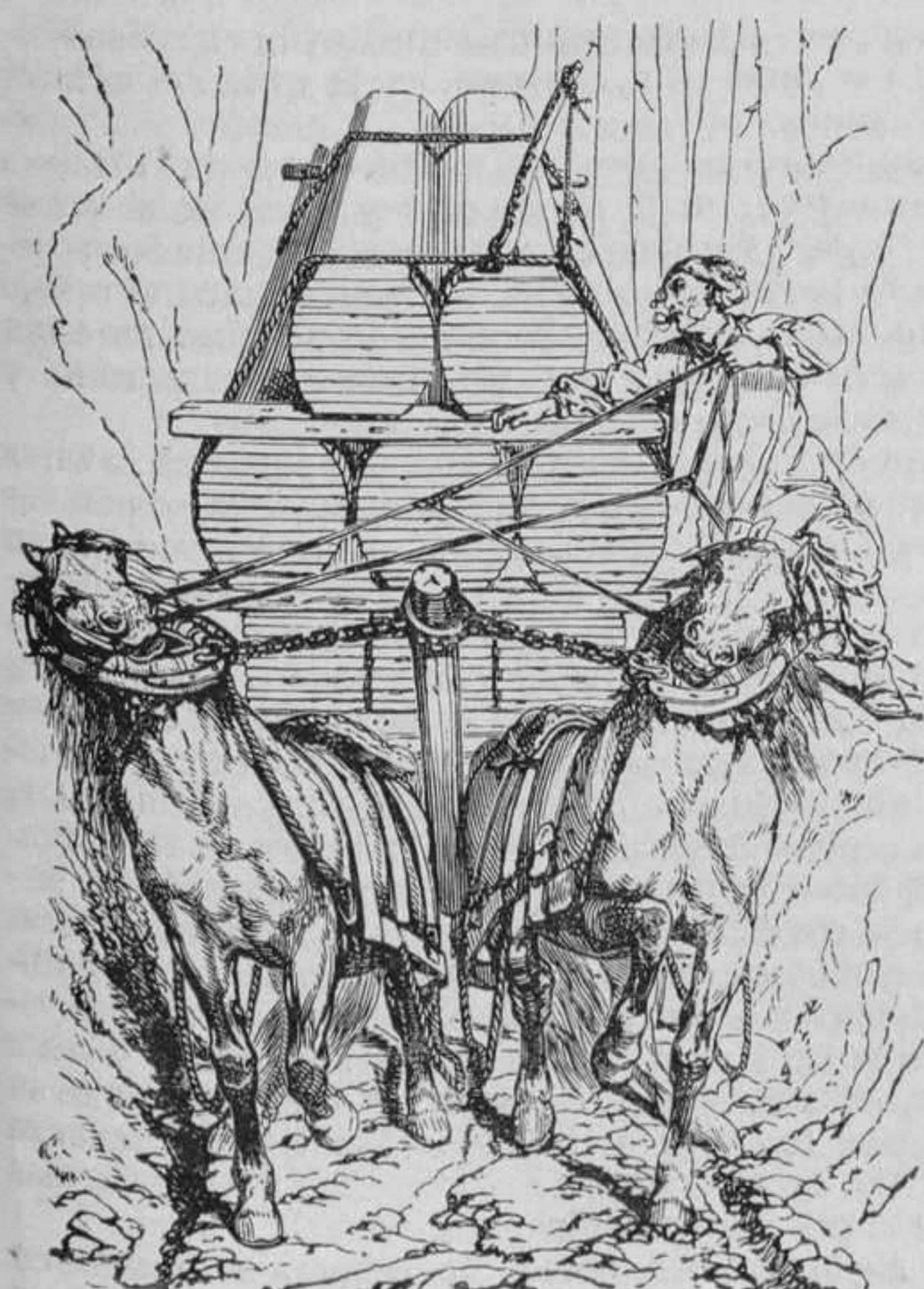


INTERIOR DE UNA CABAÑA.

inauditos esfuerzos que exigen sus trabajos cambian su constitucion física, y anula para ellos las buenas influencias de la naturaleza.

Como sus caminos tienen á veces una y dos leguas de largo, á fin de no multiplicar los viajes, cargan en demasía sus trineos. Ordinariamente ponen en ellos dos cuerdas de leña, y nunca van con menos de cuerda y media, lo cual hace un peso considerable, pues es la provision que gasta para calentarse una familia durante todo un invierno. Untan de grasa la parte inferior del trineo; que sin embargo, produce á menudo un rechinamiento terrible que se oye á media legua.

Si el terreno no está bien inclinado, es preciso



TRASPORTE DE TABLONES.

sierra. Yo he visto cortar un abeto magnifico que justamente se hallaba colocado en una situacion análoga. Tendria 140 piés de alto. Dos leñadores le atacaron á la vez por dos lados distintos. El coloso durante un largo rato pareció que desdeñaba sus golpes; ni siquiera se movian sus hojas. Sin embargo, las herramientas avanzaban una hácia otra estrechando la base que sostenia al viejo héroe. Ya la madera apenas conservaba dos pulgadas de ancho, y no obstante el árbol continuaba inmóvil. Pero cuando se redujo á una pulgada osciló de repente, y luego despues de haberse columpiado un momento, cayó al abismo con la cabeza hácia delante. Todas las ramas que encontraba caian con él; su caída resonó en la montaña como un trueno. Fragmentos de roca saltaron por la cuesta, y un sordo gemido se fué prolongando de eco en eco.

Los leñadores, estimulados por una propina, dieron el asalto á otro veterano cuyo tronco estaba libre. Principiaron á pegar sobre el nacimiento de las raíces á fin de dejar á descubierto toda la parte cilíndrica del árbol, y luego á esta primera herida aplicaron la sierra. El instrumento á que dan este nombre se compone simplemente de una hoja con dos mangos. A medida que penetra y desgarrá á su inocente victima, un muchacho introduce varias cuñas en la abertura á martillazos. Cuando la sierra ha partido un crecido número de fibras, el tronco levantado por las cuñas se inclina al otro lado. El segundo patriarca atacado en mi presencia fué precipitado con la cabeza hácia las alturas. Un ruido menos terrible se oyó en esta catástrofe, y el gigante pareció que moria con un gemido. No pude ver sin sentimiento aquellos her-



TRASPORTE DE MADERAS DE CONSTRUCCION.

que el acarreador reuna todas sus fuerzas y arrastre en pos de sí la pesada carga. Cuando tiene el declive necesario, entonces contiene y dirige el trineo apoyando sus pies en los escalones de la vía. El trineo tiene una tendencia natural á precipitar la velocidad de su carrera, y así se establece una especie de lucha entre él y el conductor que se empeña en moderarla. Si una rodilla del montañés flaquea, si uno de sus zapatos resbala en un travesaño, el pobre hombre corre los mayores peligros. Una pierna ó un brazo roto es lo menos que puede sucederle. El trineo le hace sin embargo llagas horribles; el miembro se desprende enteramente del cuerpo del que cueлга únicamente por pedazos de músculos ó de piel. La pesada masa produce al pasar el efecto de una sierra. A veces, es verdad, se contenta con herir carnes sin romper el hueso; pero no por eso deja de ser la herida menos horrible. El ancho surco abierto por la máquina no se puede curar; una amputación inmediata sería necesaria; pero desgraciadamente no hay cirujanos en los montes, sería necesario ir á buscarlos á ocho ó diez leguas de distancia, y habría que pagarlos en razon á la incomodidad que se les causara. Ahora bien, el acarreador no tiene dinero; su salario apenas le suministra lo bastante para vivir con su familia. Sin esperanzas de socorro, el acarreador comprende que su muerte es inevitable; y con la valerosa tristeza del hombre acostumbrado á sufrir, se resigna al sombrío desenlace que viene á poner fin á una vida de dolor y de miseria. La fiebre se apodera de él; el delirio extravía su inteligencia; sus sueños dignos del infierno, son sueños inspirados por el mal que le causa torturas inauditas. La gangrena envenena su llaga y muere. Antes de que haya exhalado el último suspiro, otro infeliz amenazado de los mismos tormentos, del mismo fin trágico, acude á ocupar su puesto en la vía peligrosa.

La mayor parte de las catástrofes no dan tiempo á que se acuda en socorro de los acarreadores; cuando no pueden moderar la carrera del trineo, este les pasa por encima aplastando su pecho ó su cabeza. Si á veces se enderezan haciendo esfuerzos sobrehumanos y su vigor no es suficiente para contener á la masa impetuosa, reciben un sacudimiento espantoso que les revienta, y mueren como heridos del rayo.

Las sinuosidades del camino ocasionan otra clase de desgracias; exponen á los trineos á desviarse. Si el conductor no puede hacer que sigan la curva, le precipitan y ruedan con él en el abismo. Puesto en movimiento por el choque, los fragmentos de roca que están al paso saltan al mismo tiempo aumentando el desorden y el ruido. Cuando esta avalancha se detiene, el pobre conductor está desconocido. A veces un árbol corpulento se eleva en un recodo del camino; lanzado á toda velocidad el acarreador, que ve estos árboles como señales de muerte, pega contra ellos y queda aplastado entre su carga y los impenetrables pilares; su sangre enrojece la dura corteza, cae en rocío siniestro sobre el musgo, sobre la alfombra de flores que cubre la tierra.

Cerca del sitio donde ha ocurrido esta desgracia, plantan una cruz negra que la recuerda. La mujer y los hijos de la víctima la consagran con sus lágrimas; luego los insectos la roen, la humedad la deteriora, el líquen la envuelve; en fin, se destruye poco á poco, lo mismo que la memoria de la víctima. Otros infortunios hacen en breve olvidar esta; sus dolores y sus esperanzas, sus cualidades y sus defectos, sus proyectos y sus temores no dejan señal ni en la naturaleza ni en el corazón de los hombres.

Los viaductos son también lugares llenos de peligros. Los acarreadores no caerían en ellos impunemente, sobre todo cuando son un poco elevados. Un compañero les ayuda en esos pasos difíciles, y por medio de una cuerda impide que el trineo deje la vía. Cuando no se han empleado en la construcción del puente vigas bastante sólidas, tiembla y rechina bajo el vehículo de un modo que hace estremecer.

Si es tan penoso el transporte de leña de chimenea, el de troncos no exige menos esfuerzos ni produce menos desgracias. Tres montones cargados sobre un trineo forman un peso enorme. Pero la operación mas árdua es el acarreo de las piezas grandes que tienen treinta y cuarenta piés de largo; se necesitan dos trineos para moverlas. A la primera que colocan delante la llaman el *macho cabrio*; la segunda que va detrás se llama la *cabra*. Un hombre gobierna cada una de ellas. Sin embargo, un peso de cuatro ó cinco mil libras no está en proporción con las fuerzas humanas. En cuanto el camino da una vuelta, en cuanto el tren se desvía un poco, una espantosa contracción de músculos puede únicamente evitar nuevas desgracias. Así los acarreadores se quedan rendidos cuando dejan el trabajo. Como me decía uno de ellos, se mueren de fatiga para no morir de hambre.

Cuando hay en la montaña una cantera ventajosa, los conductores de trineos aprovechan su camino, y bajan las piedras así que han concluido de acarrear madera. Este nuevo trabajo no es mas descansado que el anterior; pero la necesidad les obliga á pasar por todo.

No todas las temperaturas son buenas para las peligrosas expediciones de estos jornaleros. Necesitan un cielo velado, muchas nubes y nada de lluvia. La elevación del termómetro dispone á los trineos á incendiarse por el roce; las suelas se carbonizan y rechinan. Los escalones mojados precipitan por el contrario la marcha del vehículo y ponen en peligro al conductor. Después de un chaparrón ó de una lluvia continua, los acarreadores suspenden sus faenas. Cuando la lluvia les sorprende durante la marcha, ¡ay de ellos si su pié se resbala! Su único recurso en este caso, como en tantos

otros, consiste en abandonar las varas saliendo del trineo por medio de un movimiento veloz. El trineo continúa su viaje solo, y un poco antes ó un poco después tropieza, rueda sobre una cuesta con su carga, y se hace pedazos contra un árbol ó una roca. No es una pérdida importante.

Los troncos, los leños, las raíces y las cortezas han bajado al fin. Ahora es preciso destruir el camino de rafton que quizá sería inútil durante ocho ó diez años. Le atacan por la cabeza y conducen los materiales al valle á medida que los van quitando. Terminada esta obra, el acarreador se vuelve al seno de su familia á descansar algunos días de su tarea hercúlea.

Pero ¿encuentra en el umbral de su domicilio la alegría y la abundancia? No por cierto; sus beneficios han sido gastados día por día. Dos francos de salario cotidiano hacen imposible todo ahorro.

Con la industria de los leñadores y de los conductores de trineos se relacionan varias industrias que se ejercen en la montaña. Los *maruageurs* quitan las cortezas de los árboles y los disponen para aserrarlos. Los establecimientos donde se hace esta última operación ocupan en general puntos muy pintorescos, y presentan á la verdad cierto atractivo con sus aguas que corren por las canales, con sus ruedas y sus techumbres que echan humo en medio de la verdura. Casi siempre se hallan cerca de un torrente, lejos de toda población grande ó pequeña. El mecanismo es muy sencillo: por un doble movimiento hace trabajar la sierra y salir al encuentro el carro donde echan las vigas. Trabaja siempre de día y de noche; dos hombres se relevan para suministrarle su presa. Su ruido monótono se mezcla con el de la onda que cubre de espuma la roca, con las sinfonías de los bosques, con las lamentaciones del gavián y del milano. En cuanto las montañas se cubren de sombra, la lámpara del establecimiento proyecta sus rayos á través de las ramas como un faro conductor, como una estrella propicia encendida en el desierto para el extraviado viajero.

El otoño es la mejor estación para el acarreo de leñas, pues reúne las condiciones de temperatura que exige tan dura tarea. Los primeros copos de nieve detienen á los trineos; y entonces los conductores se vuelven á sus casas, pues el invierno es terrible en los montes. Para ganar su subsistencia tienen que apelar á varios trabajos secundarios; tejen cintas de hilo, confeccionan zuecos, cucharas de madera, juguetes de niño, etc. Sin embargo, la nieve se acumula fuera; cubre los caminos y sitúa las casas. El viento mugé en los bosques y en los valles, á veces desgajando los árboles mas corpulentos. Encerrados bajo los hielos, los torrentes están mudos. La selva entera parece verter lágrimas. Es un espectáculo de una tristeza y de una majestad infinitas, el emblema de una desesperación sin límites, que nos aconseja dejar cuanto antes la montaña; abandonemos pues al acarreador al lado de su estufa y volvamos á las casas de nuestras ciudades, menos maltratadas por la inclemencia del cielo.

A. M.

El Mambrum.

Tal es el nombre de una canción tan popular que es de todos conocida, y canción que se puede decir que aprendemos en la infancia, pues sirve por lo comun para hacernos dormir en la cuna.

No ha muchos dias, una persona muy erudita me preguntó si sabia yo el origen de esta canción y los personajes de que se hablaba en ella.

Desde luego le dí la siguiente respuesta, que no dudo será leída con algun interés, por tratarse de un escrito tan conocido. La canción llamada *del Mambrum* tal como hoy se recuerda, es así:

Mambrum se fué á la guerra,
No sé cuándo vendrá,
Si vendrá por la Pascua
O por la Trinidad.
La Trinidad se pasa,
Mambrum no viene ya;
Madama que lo espera
Desesperada está.
Un día á cierta torre
Subióse á registrar,
Y al cabo de un buen rato
Su paje vió llegar.
— Mi paje, mi buen paje,
¿Qué noticias me das?
— La noticia que os traigo
El llanto os va á costar.
Mambrum, señora, es muerto,
Yo lo he visto enterrar,
Entre cuatro oficiales
Con pompa y majestad:
Uno llevaba el sable
Y el otro el estandart,
Y encima de su tumba
Romero vi plantar,
Y en la mas alta rama
El ruiseñor cantar.

Esto es lo que recuerdo, á mas de otros versos que no he podido retener en la memoria.

Pero tal como hoy se canta difiere de la canción original que en medio pliego de papel y en forma apaisada se imprimió con licencia en Sevilla, en la oficina de don Antonio Carrera en la calle de Génova.

No se titula la canción *Mambrum*, sino *Malbruc*, y es de este modo:

Malbruc se fué á la guerra,
No sé cuándo vendrá,
Si vendrá por la Pascua
O por la Trinidad.

La Trinidad se pasa,
Malbruc no viene acá;
Si muriese en la guerra
Muchos lo sentirán.

La dama que le espera
Muy impaciente está:
A la torre se sube
Por si le ve llegar.

Desde allí ve á su paje
Venir de luto ya,
Y ella toda asustada
Comienza á vocear.

— ¡Ay, paje, mi buen paje!
¿Qué novedad traerás?
— La novedad que os traigo
Os ha de hacer llorar.

Las galas y las joyas
Bien las podeis guardar;
Porque Malbruc ha muerto
Y ya enterrado está.

Hasta la sepultura
Con pompa y majestad
Entre cuatro oficiales
Le he visto yo llevar.

Con broquel y armadura
Los dos delante van,
El otro lleva el sable
Y el cuarto va detrás.

Al rededor del cuerpo
De luces va un millar,
Y encima de la tumba
Puesto el romero va.

Un ruiseñor en lo alto
Trinos al aire da,
Diciendo en su armonía
Que ya descansa en paz.

Hechas las ceremonias
Se fueron á cenar,
Comieron y bebieron
Y algunos por demás.

Quedó pues enterrado
Nuestro buen oficial.
— Baste lo que va dicho,
Y acábese el cantar.

ESTRIBILLO.

Mirondon ton ton mirondera.

La impresión de este romance cantable tiene una gran viñeta, toscamente hecha. En ella se ve la torre con la dama que espera á Malbruc, al paje que trae la noticia, á Malbruc que llevan á enterrar, á los cuatro oficiales, al romero, al ruiseñor con un lema que dice: *ya descansa en paz* y la sepultura.

Ahora bien; ¿quién era este personaje que tal popularidad ha alcanzado?

Para mí es evidente que en la canción se ha querido hablar del célebre Juan Churchill, duque de Marlborough, uno de los mas grandes generales que ha producido Inglaterra. Nació en Ash el año de 1650 (en el Devonshire). Comenzó su carrera militar sirviendo en un cuerpo de ejército inglés, enviado por Carlos II á Luis XIV, para operar en Flandes bajo las órdenes de Condé y de Turenne. Llamábasele en el ejército el *bello inglés*. Turenne lo apreciaba mucho y conocía que el bello inglés llegaría á ser un grande hombre.

En la guerra de sucesión con España el año de 1702 fué nombrado por la reina Ana generalísimo de las tropas de Inglaterra y Holanda, obligó á los franceses á evacuar la Gueldre española, y á su vuelta á Inglaterra fué creado duque de Marlborough. Batió en 1704 al elector de Baviera, al cual quemó mas de 300 poblaciones, y después con el príncipe Eugenio de Saboya obtuvo la victoria de Hochstedt.

La Inglaterra erigió á la gloria del general un palacio inmenso que tomó el nombre de Blenheim, porque la batalla de Hochstedt fué conocida por este nombre en Alemania y en Inglaterra. La dignidad de príncipe del imperio que el emperador le otorgó, fué una nueva recompensa por la victoria.

Marlborough, habiendo desaprobado la paz concluida con Francia, perdió todos sus empleos y cayó en desgracia, retirándose á Anvers. Culpábanle de haber conspirado contra la reina Ana, después de ser quien mas lo habia favorecido.

Al advenimiento del rey Jorge á la corona en 1714, fué Marlborough llamado á la corte y restablecido en todos sus cargos. Algunos años antes de su muerte se apartó de los negocios públicos, y se retiró á Windsor-lodg donde murió en 1722 á la edad de 73 años. Parecía en su retiro haber vuelto á la infancia, pues se le veía jugar al tejo con sus pajecillos.

Guillermo III lo habia definido en estas palabras: «Es un hombre de cabeza fria y corazón caliente,» para dar á entender que tenia mas amor al interés que á la gloria.

Coxe ha publicado las *Memorias* de Marlborough en tres volúmenes en 4º el año de 1808.

La dama ó madama, á que se alude en el cantar, debió ser su esposa Sarah Jennings, que nació en 1660, y le sobrevivió hasta el año de 1744. Gozó gran crédito cerca de la persona de la reina Ana; pero su carácter altanero le hizo dimitir todos los cargos honoríficos que gozaba en la corte. Sobre un hecho de su vida compuso el célebre Scribe su comedia *El vaso de agua*. Al morir dejó una fortuna de tres millones de libras esterlinas, por lo cual gozaba el crédito de ser la señora mas rica de Europa, fortuna que justificó las acusaciones que se hacian contra la avaricia, la rapacidad y el peculado de su marido.

Los escritores españoles de su tiempo la llaman la viuda de *Malbruc*, así como *Malbruc* á su marido siempre que tienen que citar á su esposo. Por eso la canción se titula *Malbruc*, adulterando mas el nombre.

El origen de esta canción parece francés, y una sátira contra Marlborough y su esposa, sin duda cuando ambos se hallaban en el auge de su poder.

Con la introducción de tropas francesas en España debió venir esta canción, que se pondría en moda traduciéndose por alguno.

Así es como un personaje extraño para los españoles, que tal vez jamás pisaría nuestro suelo, que triunfó en Flandes de las armas españolas y francesas, ha venido á hacerse popular en nuestra patria.

La gente del pueblo no canta romance alguno del Cid ó de Gonzalo de Córdoba, y sin embargo sabe de memoria el que habla de Marlborough y de su esposa, personajes que debieron ser tan antipáticos á los españoles á principios del siglo último.

Esta es una de las muchas singularidades que presenta la historia de la humanidad. Se aprendió por nuestros tarabuelos esa canción: sabían lo que cantaban, y hoy se canta por todos sin saber lo que se canta.

ADOLFO DE CASTRO.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las carreras de caballos. — De las caballerizas á la moda. — Reuniones de caza. — Trajes á la orden del día. — La fantasía. — Las modas actuales comparadas. — Traje de noche. — Traje de paseo. — Cambios en las libreas. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de otoño y de invierno.

El veranillo de San Martín ha favorecido las carreras de caballos de la Marche, que han estado muy animadas y brillantes. Toda la elegancia parisiense estaba presente, pues era la despedida de todas las reuniones hípias del año, y nadie entre los aficionados había querido faltar á la cita. En esto se van siguiendo ya las costumbres de los ingleses. Algunos jóvenes franceses tienen caballerizas maravillosas donde convidan á almorzar á sus amigos. Esto parecerá una broma y no lo es. Las caballerizas de M. Aguado y del vizconde de Talou son bastante lujosas para esto. En suma, todo lo que dice relación con los caballos está muy á la moda. Entre las personas notables que figuraban en la Marche señalaremos á las siguientes:

MM. Makensie hermanos, de Røederer, el conde de Collet, MM. Ricardo de Saint Sauveur, Ninguéolat, el baron Simon, M. Jacques de Fitz-James, Errazu, Wilson, Blunt, Caotier, G. Frisson.

El mundo elegante se halla entregado á una ocupación propia de la temporada, la caza. Se caza en todas partes. Últimamente ha habido una gran cacería en el castillo de Luart que dejará memoria. En los bosques se Vibraye se ha perseguido á los ciervos con un ardor increíble y con el mayor éxito.

Entre tanto van saliendo á luz las modas de otoño. Se dice que este año reina la fantasía; pero yo descubro en las modas masculinas una uniformidad que no se desmiente nunca. Lo que llaman nuevo no lo es; con diferencias insignificantes es siempre lo mismo. Se ribetean los vestidos lo mismo que antes, y se han suprimido las bocamangas reemplazándolas con un respunte á ocho centímetros del borde.

El aspecto de los chalecos corresponde á los trajes adoptados, pues se hacen generalmente de la misma tela y se ribetean. Se llevan bastante largos por abajo y se cierran casi hasta la garganta.

Los pantalones se cortan exactamente lo mismo que los que se han llevado esta primavera; es decir, anchísimos.

No puedo menos de repetir lo que he dicho ya tantas veces, que las modas actuales son horribles. Ayer justamente hojeaba un album de las modas de otras épocas, y al ver los trajes del tiempo de Luis XIV, me representaba el frac negro, el sombrero de copa alta y el pantalón que hoy llevan todos los hombres de todas las clases. Sé muy bien que ciertos caballeros estarían muy ridículos con calzon de raso, ligas de cinta, casacas bordadas y chorreras; pero tampoco yo exijo que se vista de esa manera el género humano. No por cierto. La elegancia llama la elegancia. Lo principal de la moda del día es el traje nocturno. Hé aquí de qué se compone:

Frac de paño de color, con botones de metal lisos; los chalecos varían según el capricho: se hacen de seda negra, de valencias, de moaré antiguo con florecillas, de tafetan blanco bordado y de piqué rayado.

En cuanto á los trajes de calle no presentan mucha variedad; los sobretodos se llevan de formas diferentes; medio ajustado ó con tres costuras; ajustado enteramente por detrás, y bastante ancho para describir el género saco.

Para paseo la levita cruzada es la prenda de más distinción. El largo del talle y el ancho de las mangas continúan como antes.

Hay una novedad en las libreas. Antes en las levitas de groom, los sobretodos de cocheros, y las levitas de los ayudas de cámara, cuyo fondo de paño era marengo ó verde oscuro, se ponían generalmente las tapas de cuello de paño blanco, junquillo, anaranjado ó amaranto, según los colores distintivos del blason. Hoy en lugar de esto se pone un vivo de color distinto.

Hé aquí para concluir, algunos modelos de la temporada reproducidos en nuestro figurin.

El primer traje es el de un niño que lleva una chaquetilla de terciopelo azul con mangas anchas y sin cuello. Está cortada derecha, no lleva costura en medio de la espalda, pero está un poco cintrada bajo los brazos.

El chaleco y el pantalón son de tela adecuada. Esta armonía de colores está perfectamente entendida.

El chaleco de nuestro niño es un poco largo por abajo, y cierra derecho hasta el cuello.

El pantalón por arriba sobre los delanteros, acusa una gran anchura de piernas; cae derecho por abajo, un poco corto y sin trabillas.

Presentamos también de cara y de espalda un mismo traje de otoño.

Compónese de una levita cruzada de tela de abrigo, de color oscuro, que puede cerrarse con cuatro botones. El cuello de igual paño ó de terciopelo si se quiere, acompaña á las solapas; el talle es un poco largo y se dibuja en torno del cuerpo, de modo que las carteras que están en la costura de los embebidos del sesgo se hallan justas sobre las caderas sin que haya necesidad por esto de dar un gran vuelo á los faldones. — Los pliegues por detrás han de ser aplastados.

Con esta prenda se lleva un chaleco de fantasía, siempre cerrado alto y de un largo mediano por abajo; los pantalones llevan todos el mismo corte, anchos de pierna hasta abajo y sin trabillas.

Damos el traje de un hombre de treinta á cuarenta años vestido de invierno completamente.

Prescindiremos del vestido interior, que lo mismo puede ser un frac que una levita ó un Dorsay, para ocuparnos solo del paletó saco. Diremos simplemente que es ancho por todas partes y que cae derecho por detrás y por delante por medio de un cruzado de seis centímetros no más. Lleva un ancho galon de seda cosido llano al rededor, así como en la abertura de los bolsillos y en la bocamanga. Por dentro va forrado de seda y acolchado; el cuello es de terciopelo.

Los bolsillos se hacen con una abertura respunteada.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La pesca de esponjas en las costas de Siria.

Los usos domésticos, y sobre todo los procedimientos de un crecido número de artes industriales, han aumentado de tal modo el consumo de las esponjas, que el comercio de esta útil producción natural ha tomado un desarrollo y una importancia que exigen el empleo de grandes capitales y el concurso de una porción de agentes. Las operaciones de esta industria, aunque de una extremada sencillez, son poco conocidas. Bajo este concepto hemos pensado que nuestros lectores verían aquí con placer algunos detalles que pueden interesar su curiosidad por la novedad, y por su exactitud ilustrarles como consumidores.

La historia natural de la esponja es muy oscura. Las observaciones contradictorias de los naturalistas no permiten clasificarla de un modo preciso. Unos, en efecto, la consideran como un vegetal, otros como un animal sencillo, y otros la colocan entre los pólipos. Todos concuerdan en general en admitir dos sustancias distintas en la esponja: una interior, córnea, fibrosa, que forma un tejido más ó menos estrecho por el cual se adhiere á un cuerpo marino; la otra exterior, de una consistencia blanda y gelatinosa que sirve de tegumento á la primera, donde parece estar la sensibilidad y la vida. Pero de todos modos se ignora completamente la velocidad de crecimiento y la duración de la vida de las esponjas. Por conjetura se dice que crecen rápidamente, y que un periodo de dos años basta para poblar las rocas que han sido despojadas por los pescadores.

La esponja se presenta bajo formas sumamente variables y constantemente anti-simétricas; en este punto tiene mucha analogía con los pólipos pedregosos. El tejido fibroso es la única parte que se haya estudiado con cuidado; pero aun ese estudio ha revelado tantas irregularidades y diferencias tan profundas en cuanto á la textura de las fibras, que ofrecería poca seguridad el buscar en la disposición de la sustancia interior un carácter genérico. El entrecrecimiento de las fibras, la finura y elasticidad del tejido, son solo indicios por los cuales se reconoce el buen uso de las esponjas, sin que ninguna circunstancia particular permita establecer si esas propiedades son naturales ó accidentales.

La esponja es común de todos los mares; pero no presenta por todas partes en el mismo grado las cualidades preciosas que la recomiendan. Las mejores esponjas son incontestablemente las que saca el comercio del Levante, y entre las producciones de esa procedencia, se deben poner en primer lugar las esponjas de Siria, que son las más hermosas y buscadas para el tocador. Estas esponjas tienen un grano fino, mucha flexibilidad y son muy porosas, esto es, poseen en alto grado la calidad de la absorción.

Se distinguen en el comercio tres clases de esponjas, según el modo de aglomeración de la masa, su color, su finura y elasticidad del tejido. Las blancas finas y de grano menudo son las más apreciadas; las finas duras y amarillentas lo son menos, y las gruesas llamadas de Venecia se dejan para el uso más común.

Estas calidades generales se encuentran modificadas á menudo por los lugares de donde viene la esponja y la preparación á que ha sido sometida. La esponja fina de Siria y la del Archipiélago se reconocen por caracteres particulares. Esta es blanda, prieta, pesada, toda de una pieza como la primera, de la cual difiere por la mayor dimensión de los orificios de los canales penetrantes ú *ósculos*. La esponja fina de Siria, regularmente de forma cónica ó hemisférica, se abre en el centro á modo de copa, y ofrece en su superficie exterior la finura de un terciopelo; á volúmen igual tiene el mismo peso. No se debe confundir esta variedad con otra esponja blanca de Siria á la cual han dado el nombre de *Venecia*, y que siendo blanca al salir del mar, se pone más pálida con la preparación. La forma de esta última es más regular, pero el tejido es algo más grosero; se puede reconocer en los largos pelos que tiene al rededor de los *ósculos*. En el Archipiélago se halla una variedad análoga, menos bien formada, aplicable á los mismos usos, pero que se reconoce fácilmente en su textura más compacta, jabonosa y notable por su apariencia vermiculea.

La esponja gelina es oriunda de las costas de Berbería. Ofrece una forma más cilíndrica, resistente y de color oscuro; su tejido es bastante fino y muy poroso. Está esquizada de pelos agudos y atravesada ordinariamente por un agujero principal.

El comercio trae también de las costas de Berbería, bajo el nombre de esponja de Marsella, una producción inferior á la precedente, y que solo es aplicable á los usos más groseros. Su forma es larga, chata y crecida en uno de sus lados. Tiene el color de la yesca. Su masa es prieta, dura, pesada, de una textura irregular y la atraviesan algunos agujeros.

La esponja de Salónica se usa poco; es dura, poco compresible, y se reconoce en su color gris y en sus fibras nervadas.

Las diferentes clases de esponjas que acabamos de señalar tienen cada una propiedades que las hacen adecuadas para empleos útiles; no sucede lo mismo con las esponjas que provienen de otros lugares, y que por su textura firme no son propias para un buen uso. Citaremos particularmente entre esas producciones inútiles la esponja de Bahama, que el fraude trata de introducir en el consumo, aunque haga un servicio poco satisfactorio. Puede confundirse con la esponja griega por el color, pero difiere de ella esencialmente en la forma que es redonda é irregular; es muy fina y su superficie es lisa. Su dureza y la poca cohesión del tejido se oponen á que pueda ser empleada en buenas condiciones.

Por lo que acabamos de decir, se ve que las mejores calidades proceden del Mediterráneo. Los sitios donde más abunda esta singular producción son las cercanías del Archipiélago griego, las costas de Siria y de Berbería. La pesca de esponjas es una industria lucrativa, y aunque es libre, apenas la ejercen otros que los griegos y los habitantes del litoral. Preciso es decir también que las prácticas de esta clase de pesca requieren un vigor de constitución y una intrepidez que solo pueden hallarse en hombres acostumbrados á tales empresas; por esta razón les está reservado su monopolio á los buzos griegos y árabes.

La pesca principia en junio y se acaba en agosto; á veces se prolonga hasta setiembre en las costas de Siria, según el tiempo. A principios de la estación se ven llegar embarcaciones griegas con pescadores que van á Beyruth, á Trípoli ó á Sottakiek para alquilar sus servicios ó trabajar por su cuenta. En general prefieren lo primero; pero de todos modos se forman en cuadrillas de cinco ó seis hombres bajo el mando de un *reis*. Los barcos que sirven para esta pesca son unas embarcaciones ligeras. Los pescadores salen por la mañana y se van á una larga distancia de las costas. Es preciso que el estado del mar permita á los buzos ver el fondo. Cuando han reconocido un banco de rocas, acercan la embarcación y echan el ancla; cada hombre de la tripulación baja á su turno. Se deja bajar con una piedra grande atada á una cuerda y que él conserva en sus manos. Llegado sobre la roca arranca la esponja y la mete en una red que cubre su pecho. De este modo recoge todas las que puede, y solo cuando le apura la necesidad de respirar, advierte á los hombres de la embarcación tirando de la cuerda.

Las profundidades á que es preciso llegar varían mucho; las esponjas ordinarias no están muy bajas, pero las finas suelen estar aun á treinta brazas. Fácil es concebir cuántas dificultades ofrece la pesca á tal profundidad. Justamente en razón de estas dificultades tienen más valor las esponjas finas. Es raro que una embarcación, cuando se vuelve al puerto por la noche, se lleve más de ocho ó diez esponjas.

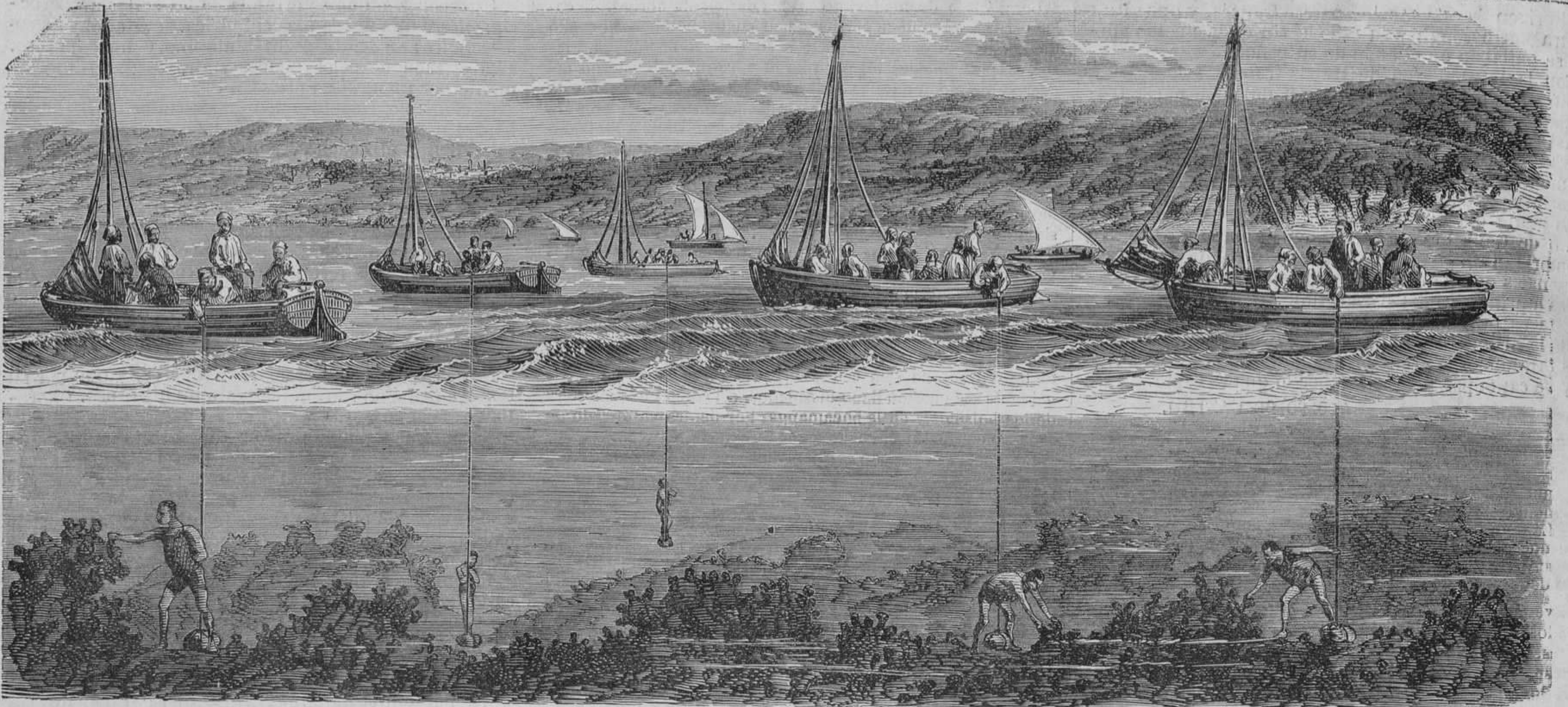
La esponja exige una preparación casi al punto que ha sido pescada. Cuando llegan á tierra hacen un hoyo en la arena y echan agua; en seguida meten las esponjas en esa agua, y los hombres las pisotean hasta que han quebrantado la cubierta gelatinosa, y enteramente quitado á la esponja el jugo negruzco que da la sustancia exterior con el pisoteo y que penetra en el tejido por los *ósculos*. Cuando la esponja está desnuda de su membrana y no ofrece ya la menor coloración extraña al tejido, la operación está concluida.

Preparadas así, las esponjas conservan al secarse una cantidad más grande ó más pequeña de arena, que los pescadores se guardan de quitarlas porque las venden al peso. Sin embargo, está admitido en los tratos que el comprador tiene la facultad de dejar secar la mercancía comprada durante dos ó tres días, de batirla después, y de exigir la restitución del desperdicio que puede haber habido.

Beyruth, Trípoli y Sottakiek son los mercados de esponjas más importantes. Trípoli sobre todo, en cuyas inmediaciones se encuentran las pesquerías más productivas, es el centro de ese comercio. Tal es la cantidad de esponjas, y tal el tráfico á que da lugar allí la venta de este artículo, que se ha establecido un mercado especial para ese objeto. El dibujo que acompaña da una idea del aspecto de ese mercado y de la actividad de las transacciones que en él se operan.

El mercado principal en Trípoli tiene lugar por setiembre cuando llega á su fin la pesca. Acuden allí de todas las escalas del Levante, de todos los puntos del litoral del Mediterráneo y hasta de París. Nada más curioso que esa mezcla de diferentes naciones.

Trípoli debe sobre todo la prosperidad de su mercado á su posición, que le hace ser el depósito de las mercancías europeas para los pueblos del Líbano. Apartado milla y media del mar, junto á un río que no es navegable, tiene sin embargo una gran importancia marítima, aunque la idea que le sirve de puerto no sea más que una rada cubierta de escollos. Las comunica-



LA PESCA DE ESPONJAS.

ciones entre la marina y la poblacion están servidas por caravanas de borricos que en tiempo de feria se hallan en perpetuo movimiento.

La ciudad no obstante está muy bien situada y edificada, lo que es muy raro en Oriente. Se extiende en parte en la llanura y en la vertiente de una montaña. El paisaje de sus cercanías recuerda las inmediaciones de Eden, que dista ocho leguas de Trípoli. En esos lugares hay recuerdos históricos de alto interés. El castillo que sirve de defensa á la ciudad es una antigua fortaleza elevada en tiempo de las cruzadas por Raimundo, conde de Tolosa. Se dice que el poeta persa Sady, cogido por los francos en



LOS PESCADORES PISOTEANDO LAS ESPONJAS DESPUES DE LA PESCA.

aquella época, trabajó en la construcción de las murallas cuyos restos se ven todavía. La historia ha conservado la memoria de los siete mil franceses que fueron degollados por los musulmanes, cuando la toma del castillo por los cruzados. Hoy Trípoli tiene destinos menos agitados; no es más que el teatro de intereses pacíficos. Despojada de su importancia política y colocada bajo la autoridad del baja de San Juan de Acre, no por eso deja de ser una ciudad encantadora y muy favorecida por los placidos musulmanes que quieren probar ya en la tierra los gozos que el profeta les promete en premio de su soñolienta inmovilidad.

C. M.



EL MERCADO DE LAS ESPONJAS EN TRIPOLI.